





OBRAS COMPLETAS

DE

MISTRESS BENNET.

TOMO IX.

ROSA,
Ó LA NIÑA MENDIGA
Y SUS BIENHECHORES.

ESCRITA EN INGLÉS

POR LA CÉLEBRE

MISTRESS BENNET:

TRADUCIDA AL CASTELLANO

POR

DON FELIX ENCISO S. A.

TOMO V.

MADRID.
Imprenta de Repullés.
1820.

Se hallará en las librerías de Escamilla *calle de Carretas*, *y de* Amposta *calle del Príncipe.*



ROSA,

Ó LA NIÑA MENDIGA

Y SUS BIENHECHORES.

CAPÍTULO PRIMERO.

Mr. Frazer gozaba de un sueño delicioso, y se le figuraba hallarse ya suegro de una duquesa, cuando los redoblados golpes del aldabon de su puerta, que movia el Doctor Cameron, hicieron desvanecer todas sus brillantes ilusiones. Iba á encolerizarse contra el indiscreto que turbaba así su reposo, cuando el Doctor entró en su alcoba con una angustia tan terrible, que sin pensar en excusarse

con Mr. Frazer de una visita tan de madrugada, le dijo con altivez:

"Vengo de en casa de la viuda."

Mr. Frazer se sobresaltó.

"Creo en verdad que aquella muchacha está loca."—"¿Quién, Doctor? ¿Miss Kattia? No lo permita Dios: pero ciertamente no es de ella de quien me hablais."—"Tambien esa debe estar loca, segun lo que he sabido, replicó el Doctor, y supongo que lo está en efecto; pero no es de ella de quien se trata, sino de esa indefinible encantadora, de esa Miss Buhanum es de quien hablo."

Mr. Frazer tembló debajo de sus mantas, y repitió: "¡de Miss Buhanum!"

Puede ser que si Mr. Frazer no hubiese creido que Miss Buhanum se hallaba algunas leguas distante, en el camino de Carlisle, y que habia mar-

chado sin ver al Doctor Cameron, no hubiera sido su sueño tan tranquilo y tan agradable.

"Ella habla como una insensata, continuó el Doctor; ella, que jamas pronuncia palabra que no sea admirable y digna de conservarse en la memoria, ahora echó por esos trigos de Dios..... y supone que vos sois quien puede darme la clave de sus frases ininteligibles. Ahora bien, Mr. Frazer: yo os diré que sé que agradais á la viuda, y si vos la amais tambien, ese negocio es vuestro, y no mio: ella puede haceros un bien; pero yo no puedo creer.... Sin embargo, ella dice cosas tan extrañas.... vos no habreis.... ciertamente vos no os habreis atrevido.... en dos palabras: Mistress Buhanum ha gastado una suma considerable en ciertos proyectos, y no puedo creer que hayais

solicitado que Rosa renuncie su legado: vos teneis demasiado honor para haber obrado como.... como.... Frazer, yo os estimo mucho; mas sin embargo.... pero yo no puedo suponer en vos una cosa, que jamas os perdonaria."

Mr. Frazer no quedó muy contento á vista del severo gesto con que el Doctor pronunció este discurso, ni tampoco le agradó su contenido.

"¿Habeis visto á Miss Buhanum hace poco?" le preguntó con una serenidad afectada. — "¿No os digo que acabo de dejarla?"—"¿En casa de Steward?"—"¡Steward! ¿Y quién es ese? No: yo la he dejado en casa de vuestra viuda." — "¡Mi viuda, Doctor! Vos me lisonjeais mucho." Al decir esto Frazer inclinó su cabeza; pero él solo puede explicar si fue para dar gracias al Doctor, ó para

ocultar su confusion.

¡Rosa con Mistress Buhanum! Este era un enigma para Mr. Frazer, y estuvo á pique de creer que el Doctor sabia la renuncia que habia hecho: sin embargo juzgó á propósito adquirir mas noticias antes de entrar en una explicacion con su compañero: se levantó, se vistió, ínterin que el Doctor, entregado siempre á la mas viva agitacion, se paseaba por la sala, unas veces resuelto á acusar á Mr. Frazer del mas ratero doblez, y otras desconsolándose de que un juicio tan sólido y tan profundo como el de Miss Buhanum pudiese decir tales disparates.

Salieron inmediatamente, y llegaron ambos al palacio en la mas sombría disposicion de espíritu. Encontraron á Mistress Buhanum llorando, y llamando sin cesar á Kattia, su

querida Kattia, mientras que sentadas á su lado Mistress Steward y Rosa se esforzaban á calmar su dolor.

Los dos tutores entraron juntos. "¿Qué teneis, madama?" dijo Mr. Frazer mirando á Mistress Buhanum con la expresion de la mas tierna solicitud, y despues, lanzando sobre Rosa una ojeada de exámen, añadió: "Yo creía, Miss..... Miss..... yo creia que estabais en camino para Inglaterra."—"Miss Buhanum, dijo el Doctor, aquí os traigo á Mr. Frazer: ahora, si él quiere en vuestra presencia explicarme vuestras misteriosas palabras, yo...."—"¡Oh, mi querido Mr. Frazer! exclamó la viuda arrojándose á sus brazos: yo estoy perdida, arruinada, reducida á la desesperacion.... Kattia.... mi querida y cruel Kattia ha partido.... me ha abandonado...."

¡Que no pueda yo hacer ahora las mismas descripciones con que tantos autores suelen regalar al público! ¡Que no me sea dado pintar con elocuencia en este momento el ruido de cadenas, el siniestro vuelo de las cornejas agitando sus pesadas alas, explicar aquellas velas, cuya llama se pone azul, mientras que la sombra de alguna monstruosa figura se desliza por lo largo de una vieja cortina! ¡Que no pueda introducir en mi narracion los vientos, las aguas, los rayos y todos los elementos desencadenados, y colocar despues un espejo delante de los ojos de mis lectores, para que pudiesen juzgar por el terror que entonces se pintó en la fisonomía de Mr. Frazer la mudanza que debió sufrir su larga cara al oir esta noticia!

"¡Ha huido! exclamó él: ¡Miss

Kattia ha huido! ¿cómo? ¿cuándo? ¿de qué manera?"

"¡Ay, Dios de mi vida! yo no sé nada de eso, respondió Mistress Buhanum: ella salió temprano para ir á casa de Mistress...."

La viuda, que se habia arrojado á los brazos de Mr. Frazer, acaso con demasiado cariño, fue rechazada por él en el primer momento de su sorpresa; y aunque luego quiso recobrar la misma posicion, se apartó asustada de oir las terribles imprecaciones que se le escaparon, y entre las cuales se entendieron claramente estas palabras: "Vos sois una maldita necia: ni vuestra hija ni vos tendreis nunca juicio."

Entonces fue cuando á todos los circunstantes les tocó la vez de sorprenderse y aterrorizarse.

¡Una necia! ¡El dulcísimo y ena-

morado Mr. Frazer llamar á su encantadora Mistress Buhanum una necia! ¿Era esto posible? ¿Y Mistress Buhanum podia sufrir semejante epíteto sin responder ni una palabra? Esto parecia todavia mas extraño. Sin embargo, como es necesario explicar este misterio, nos vemos en la precision de confesar al lector que Mr. Alejandro Frazer y Mistress Enriqueta María Buhanum hacia ya tres dias que eran marido y muger.

Luego que Mr. Frazer hubo arreglado su comision en Castle-Gowrand, perfectamente contento del modo con que habia dispuesto las cosas, escribió á la bella viuda que su amor para con ella habia crecido en términos, que le seria imposible llegar vivo á Edimburgo, si ella no se dignaba salirle al encuentro á Kinhorne, y colmar su felicidad dándole la ma-

no: que ademas se hallaba poseedor de muchos secretos importantes, que sin esta circunstancia moririan ciertamente con él.

Hay motivo de presumir que el amor ó los secretos interesaron mucho á la viuda; pues lo cierto es que inmediatamente tomó una silla de posta, y marcho sola: se casó con Mr. Frazer, supo sus secretos, y volvió despues absolutamente dispuesta á servir en todos los proyectos á su nuevo esposo.

"¿Cómo es posible, añadió Mr. Frazer, que una muger, á menos que sea una idiota, deje salir de casa una jovencita tan artificiosa, sin hacer que vaya acompañada de una persona segura?" — "¿Como, Mr. Frazer, á mi Kattia llamais joven artificiosa? ¿ella, que ha sido siempre el objeto de la admiracion general, y que ha

vivido siempre bajo mi inmediata inspeccion?" — "Angus la habrá robado;" continuó Mr. Frazer, sin hacer caso del apasionado elogio que Mistress Buhanum hacia de su Kattia. — "Ciertamente que no, dijo el Doctor con sequedad: si ayer hubiera conseguido ver á Mistress Buhanum, ó á vos, hubiera podido deciros alguna cosa de parte de ese caballero." — "¡Gran Dios! exclamó Mistress Buhanum redoblando las lágrimas: ¡será posible que esa desgraciada muchacha haya dado un paso tan imprudente en semejantes circunstancias! ¡oh! ¿por qué, por qué Mr. Angus no se declaro antes? él hubiera podido prevenir sin duda...." — "¡Justo cielo! interrumpió Mr. Frazer poniéndose á correr por la sala: ¡se pudo ver nunca un suceso mas desgraciado! Pero reflexionemos en lo que se debe

hacer. Doctor Cameron, buen Doctór Cameron, ambos estamos demasiado interesados en este asunto. ¡Si pudiéramos sepultarle en el secreto! ¡Si tomásemos medidas para que no se divulgase! ¿Por ventura no habrá medio de dar á este suceso un aspecto inocente, que fuere capaz de deslumbrar á Mr. Angus?

El Doctor Cameron era uno de aquellos hombres, á quien los partidarios de la sabiduría del gran mundo no se hubieran detenido en llamar *hombre raro*, pues tenia el capricho de huir cualquier accion que no pudiesen aprobar la franqueza y la honradez. Cuando Mr. Angus se dirigió á él tuvo el mayor deseo de que su equivocacion no perjudicase á Kattia, y causase demasiado dolor á su madre: tambien experimentó un deseo no menos vivo, aunque mas generoso,

de ver á la jóven, á quien amaba, ocupar un rango, de que parecia tan digna; y si entonces habia juzgado necesario señalar á Mr. Angus la marcha, que dejamos indicada, no tenian nada que reprenderle por ello su pundonor y su honradez; pero como la política de Mr. Frazer empezaba á hacerle comprender que ambos se diferenciaban esencialmente en el modo con que debe obrar el verdadero honor, se decidió á exigir de él una explicacion detallada sobre todos los puntos; y así dejando á la viuda, á Mistress Steward y á Rosa que gimiesen, moralizasen, é hiciesen conjeturas, pasó á otra sala seguido de Mr. Frazer, que observando el aspecto severo de su cólega no pudo dejar de conocer en su interior la clase de explicacion que iba á verificarse.

Si el Doctor Cameron halló motivo de sorpresa y dolor en la historia de Rosa, que Mr. Frazer le contó con el mayor detalle; si el supuesto celo de éste último para con la familia de Buhanum, que le habia conducido á arrancar la renuncia de una jóven sencilla é inocente á una manda, á la que tenia tan sagrados derechos, le causó la mas viva indignacion, tambien él tenia en sus manos el modo de hacer que recayese con mas fuerza en Mr. Frazer el pesar que él le habia causado.

Nada puede compararse con la admiracion y con la pena que asaltó al nuevo esposo de Mistress Buhanum, cuando conoció que habia sido presa de las brillantes ventajas que se habia prometido del matrimonio de Angus con Kattia; y su confusion llegó al último punto, cuando se vió co-

gido en las mismas redes que habia tendido á los otros. Acababa de casarse con una muger hácia la cual no sentia ni la mas ligera inclinacion, y que se hallaba cargada de deudas, y puesta en ridículo. En lugar de sacar partido de su orgullo y de la belleza de su hija para consolidar su propia fortuna, se hallaba en el caso de participar de la desgracia de la familia, de la vergüenza que iba á caer sobre ella, y ademas iba á perder la estimacion y amistad del Doctor Cameron, que eran para él unas ventajas inapreciables. En vista de esto no hay que admirarse que de la explosion que todas estas ideas hicieron en su cabeza se le escapase involuntariamente el secreto del matrimonio con la viuda.

"¡Ola, dijo el Doctor, con que en medio de *vuestro gran zelo* por la fa-

milia de vuestro amigo, habeis agarrado para vos mismo la manda de Miss Buhanum!"

Mr. Frazer estaba desesperado. Él habia prestado á Mistress Buhanum las sumas que le habia pedido con la seguridad de ser pagado con usuras, y ahora veía que se le iba á exigir el reembolso: ademas, su nueva esposa se hallaba acosada de acreedores, á quienes ni él ni ella tenian modo de satisfacer. Fuera de juicio por todas estas reflexiones se puso hecho un tigre, corrió al cuarto donde estaban las damas, y aterró á Rosa y á Mistress Steward por las duras y severas invectivas con que mortificó á su muger, la cual, siendo así que en otro tiempo habia sido tan altanera con el digno Mayor, se hallaba consternada de terror, y no se atrevia á responder una palabra, ni levan-

tar los ojos para mirar á su nuevo esposo.

Las hijas y los criados, llamados por la gritería, acudieron á la sala para ver lo que pasaba.

Entonces Emma con su brazo sostenido en el suspensorio, y Jessy pálida y temblando, comprendieron cuál era el padre que Mistress Buhanum las habia dado. La primera, no pudiendo resistir á su dolor, cayó desmayada. El Doctor Cameron, á impulsos de su compasion para aquella víctima inocente de la loca vanidad de su madre, se decidió á volver á entrar en la sala, donde se hallaba una muger, para quien él sentia el mayor desprecio. No tardó en dar sus órdenes para que retirasen la desmayada, y él la siguió acompañado de Mistress Steward y de Rosa.... "Ahora bien, Miss Buhanum, dijo á es-

ta última, ¿qué partido quereis tomar?"

Emma dirigió á Rosa una mirada suplicante; pero el Doctor añadió inmediatamente: "Esta casa ya no puede conveniros." — "Yo espero, dijo Mistress Steward, que Miss Rosa tendrá la bondad de volver á la mia."

Rosa, aunque todavia no estaba bien convencida de la injuria que habia hecho al Doctor, sintió sin embargo renacer toda su confianza en él, miró á sus dos jóvenes pupilas, y exclamó: "¿Cómo puedo yo abandonar las hijas de un amigo, á quien tanto estimé, y que merecia tan bien todo mi cariño?" — "Estad segura, Miss Buhanum, contextó el Doctor, que esta casa ya no os conviene, y que debeis salir de ella. El pobre Mayor no podia preveer un suceso se-

mejante á éste: la miserable muger, que ha desconocido hasta este punto lo que se debia á sí misma, se verá abandonada de todos: ahora ya su marido la desprecia, y bien pronto no dejará de maltratarla. Este hombre conservará en casa las hijas para aprovecharse de sus bienes; pero acordaos, queridas niñas, añadió el buen Doctor dirigiéndose á Emma y Jessy, acordaos de darme cuenta del mas pequeño mal tratamiento que se atreva á haceros; y mientras que yo exista tendreis en mí un amigo, un protector, que velará en defensa vuestra y de vuestros intereses. Considerad tambien la situacion de vuestra pobre madre, y pensad que no la queda otro consuelo que el de vuestros cariños, y el que pueda proporcionarla el modo con que os porteis con ella."

Las dos niñas se anegaron en lágrimas, exclamando: "¡Oh, papá! ¡querido papá! ¡ah! ¡si ahora viviera! ¡Dios mio, qué va á ser de nosotras!"

Rosa no pudo contener mas sus lágrimas, y las dos hermanas se arrojaron á sus brazos, mirándola como su última esperanza.

Dirigiéndose el Doctor á Jenny, que sollozaba en un rincon de la pieza, la recomendó las niñas, encargándola que cuidadosamente le informase de su salud, y de quanto podia convenir á su bien estar.

Es bien sabido que hay un camino seguro para llegar al corazon de los criados, y el generoso Doctor no podia desconocer este camino; pero aunque las guineas que puso en las manos de Jenny fueron admitidas con agradecimiento, sin embargo esta mu-

ger no merece ser colocada en la clase de las mercenarias; pues habiendo nacido en la casa, se hallaba inclinada á servir la familia mas por afecto que por interés.

Rosa la exhortó á que se conciliase el aprecio de su nuevo amo, por medio del cuidado que tuviese en asistir á las niñas.

"¡Dios mio! exclamó Jenny redoblando sus lágrimas: ¿será posible esto? ¡Alejandro Frazer *mi amo*! ¡El hijo de un hombre que ha comido el pan en nuestra *mesa* casarse ahora con su viuda! ¡Oh! ¿cómo podré yo jamas llamarle mi amo?" — Rosa replicó: "vos no debeis ya hablar de lo que ha sido, ni aun pensar en ello." — "¡No pensarlo: Miss! exclamó Jenny; ¡ah señor! ¿podré yo ver con serenidad que Alejandro Frazer mande en casa de mi buen amo, y ocupe su silla?"

Á esto llegó un criado, y sorprendió á todos convidándoles al salon á tomar café.

"Doctor Cameron, dijo Rosa con una mirada, cuyo sentido no pudo él dejar de entender, yo espero que siempre serémos amigos." — "Cruel Rosa, contestó él con voz trémula y los ojos bañados de lágrimas, vos no podiais haber formado una mala idea de mi carácter, ni podiais haberme quitado vuestra confianza, sin haberme antes despreciado, y este es un crímen, que no puedo perdonaros. ¡Oh! si me hubieseis hecho justicia, hubieseis estado convencida de que para parecer á mis ojos la primer muger del mundo no teniais necesidad de ser otra que vos misma. ¿Qué me importa á mí vuestro nacimiento? Vos sois superior á todo lo mas perfecto que conozco: vuestra voz hace vibrar

todas las fibras de mi corazon, y mi alma coge ansiosa todas las palabras que salen de vuestros lábios. Vuestro apellido.... ¡ah Rosa! ¡con qué placer le cambiaria yo por el mio! Pero vos habeis dicho que vuestro corazon no podia ser mio, y aunque yo debia amaros menos, porque en esto habeis herido mi amor propio, sin embargo podeis creer...."

Rosa se conmovió: dijo que no tenia necesidad de mas explicaciones, y poniendo su mano en la boca del Doctor, que no se atrevió á besarla, le dijo: "el entendimiento humano no puede concebir pena mas amarga que la que produce la necesidad de despreciar á quien se estima. ¡Ah Doctor! continuó ella con una voz afectuosa: ¿no tendreis compasion de una amiga que se ha visto precisada á sentir este dolor?" Teniéndose el Doctor por de-

masiado feliz en oir en boca de la que amaba aquella dulce expresion, que tantas veces habia hecho palpitar su pecho, olvidó bien pronto las penosas sensaciones que le habia causado el desprecio de Rosa, y á su ruego consintió en bajar con ella y con Mistress Steward al cuarto de los nuevos esposos.

La fisonomía de Mr. Frazer habia ya recobrado su acostumbrada serenidad, y se ocupó con mucha atencion en presentar las sillas á las damas, las colmó de cumplimientos, y ayudó á su esposa á servir el café: pero los ojos de esta última aun estaban hinchados, su rostro estaba pálido, y en todos sus miembros se notaba una violenta convulsion. Compadecida Rosa de ella se ofreció á servir el desayuno: la nueva casada hacia vanos esfuerzos para reprimir sus lágrimas, has-

ta que por último tuvo que confesar que se sentia indispuesta.

Mr. Frazer *protextó* que tambien estaba incomodado, y el Doctor le aconsejó que marchase á Castle-Gowrand. Entonces el nuevo dueño de la casa dijo, que vista la deplorable situacion de su familia, esperaba que Mis Buhanum no querria abandonarla.

Los ojos del Doctor se animaron con el fuego de la indignacion, y sus miradas intentaron penetrar hasta el alma de Mr. Frazer. Ningun hombre era menos desconfiado que el Doctor Cameron; pero una vez llegado á perder la confianza, era imposible llegar á engañarle.

Aquella mañana Mr. Frazer en el exceso de su rabia habia soltado ciertas expresiones relativas á Mr. Angus, y al partido que él hubiera podido sacar de sus muchos bienes: en-

tonces parecia que su mayor dolor se fundaba en la pérdida de las esperanzas que tenia en aquel jóven; y la tranquilidad que acababa de suceder á aquella borrasca, y que entonces dulcificaba su fisonomía, y le hacia tan afectuoso para con *Miss Buhanum*, sirvió de hilo al Doctor para penetrar en el dédalo tortuoso de un laberinto de intrigas. Él esperaba con impaciencia la respuesta de Rosa, y quedó muy contento cuando la oyó explicar su intencion decidida de marchar á Inglaterra, y de volver mientras tanto á casa de Mistress Steward. Como esta última parecia hallarse muy fatigada, se creyó que el descanso la era necesario, y asi se llamaron dos sillas de manos, y las dos damas partieron inmediatamente. Mr. Frazer regresó tambien á su casa, y Mistress Fra-

zer se retiró á su aposento para gemir sobre su suerte, sobre la de su muy amada hija, recordarse de lo pasado, extremecerse de lo futuro, hacer comparaciones, y aumentar así su desgracia.

CAPÍTULO II.

Como era imposible ocultar un suceso, que causaba tanto dolor á una de las mas bonitas damas de Edimburgo, los dos tutores se vieron obligados á unir sus esfuerzos para seguir las huellas de Kattia : enviaron expresos por todas partes, prometieron recompensas considerables á los que diesen alguna noticia de la fugitiva ; pero una nube tan misteriosa cubria aquel suceso, que hubo muchas personas que creyeron que Kattia se habia ahogado, otros supusieron que habia huido con Mr. Angus, y otros defendian que estaba escondida porque no amaba á aquel joven; mas todos convinieron en que el brillo de la hermosura de Kattia se habia eclipsado para siempre, y segun la má-

xima de Chesterfield; esto se decia al oido en confianza, para que mejor se creyese y divulgase.

Los ojos de Miss Bruce parecieron en esta ocasion mas grandes y mas maliciosos que nunca. Esta pobre criatura, que hablaba continuamente sin decir nada, alquiló una silla para ir á recoger cuanto se decia, y contar ella misma cuanto supiese. Entonces estaba llena de gente la ciudad, y en todas las tertulias no se hablaba sino del robo de la hermosa Kattia de Castle-Gowrand. Por la mañana hubo un nuevo motivo de sorpresa general, que fue la noticia del matrimonio de Mistress Buhanum con Mr. Alejandro Frazer. "¡Es posible, exclamaban todos, introducir un hombre de esa clase, el hijo de un doméstico, en la familia de los Buhanum!" Todos los parientes y deu-

dos del Mayor, que eran igualmente respetables por sus títulos y condecoraciones, no quisieron perdonar á Mistress Frazer, y semejantes á los hijos del Rey Lear se alejaron de la desventurada. Con este ejemplo ya no fue posible que ninguna dama de algun rango, ni tampoco ningun caballero, excusase la conducta de Mistress Frazer; de modo que no hubo casa de que se huyese con mas cuidado que aquella de la antes encantadora viuda del Mayor Buhanum.

¡Qué terrible caida para ella! La hermosa duquesa A pareció indignada: la duquesa B lanzó mil sátiras: la duquesa C compuso varios epigramas: Lady A dijo que esperaba que aquella horrible muger no tuviese la osadía de presentarse: Ladys B, C, D dieron ordenes para que no se la admitiese en sus casas; pero Lady E,

la compasiva y generosa Lady E pareció mas afectuosa que las demas, y dijo que convidaria á la pobre muger á su casa, cuando tuviese tiempo de recibirla.

En cuanto á los hombres todos se rieron de este suceso; pero lo que mas afligió á Mr. Frazer fue ver que dos Lords de los mas elegantes de la ciudad pasaron por delante de su casa sin mirar siquiera á las ventanas.

Luego que Rosa, excesivamente fatigada, llegó á casa de Mistress Steward, se esforzó, aunque en vano, á recobrar su sosiego: su espíritu habia estado en un verdadero caos en el espacio de las tres ultimas horas; volvio á leer la carta de Mistress Walsingham, repasó la de Eleonora, hizo todo lo posible para entender perfectamente los garabatos de Betty, y empezo á

sentir con mas fuerza que nunca el impaciente deseo de realizar su viaje, suspenso por los desgraciados incidentes ocurridos en la familia del digno amigo, cuya memoria la era tan respetable.

Ya no podia ser útil de ninguna manera á la muger que de un modo tan indigno habia dejado el respetable nombre de Buhanum: las dos niñas habian ya cumplido la edad en que podia dejárselas sin aya bajo la direccion de una madre prudente; y aunque verdaderamente la suya no merecia este nombre, era esta una desgracia, que Rosa no podia reparar, y por otra parte su presencia no dulcificaria de modo alguno las amargas reflexiones que podian hacer sobre su conducta los mejores amigos de Mistress Frazer.

Acompañadas estas consideraciones

de algunas otras, mas fuertes todavia, hicieron absolutamente necesaria su partida. En Escocia no hay nada mas respetable que un ilustre nacimiento, y pasando Rosa por una parienta ilegítima de los Buhanum, habia obtenido las mayores consideraciones: pero ya no dudaba que descubierto su humilde orígen experimentaria en lo sucesivo las mayores mortificaciones. La única cosa que la llenaba de vergüenza era la mala vida de su madre en la época en que la habia abandonado, y que habia llegado á noticia de cuantos poseían todos los detalles de su triste historia. Mr. Frazer no habia perdonado ni reflexiones ni comentarios aun en su misma presencia, y así no dudaba que hubiese sido igualmente comunicativo en su ausencia, por lo cual ella seria en adelante un objeto de sorpre-

sa y de curiosidad impertinente: su misma opinion, que al presente miraba como el único bien que poseía, podria ser comprometida por la imprudencia de los Buhanum; y llegado este caso, se hallaria privada de emprender el nuevo género de vida que habia adoptado en casa de Mistress Harley; esto es, entrar de aya en alguna familia respetable, supuesto que no la quedaba otro medio de asegurar su existencia. Entregada así Rosa á sus reflexiones, y no pudiendo encontrar el reposo que habia ido á buscar á la cama, se levantó, y bien pronto vino á reunírsela Mistress Steward, en quien los sucesos del dia habian hecho una impresion demasiado profunda y dolorosa.

Rosa la comunicó francamente las ideas que acabamos de anunciar, y esta excelente muger, que á cada ins-

tante sentia aumentarse su interés por su jóven huéspeda, convino en la exactitud de sus reflexiones, y aun las corroboró con el conocimiento que tenia del orgullo y preocupaciones de los escoceses.

Mientras que las dos conversaban juntas oyeron llamar á la puerta de la calle, y poco despues se presentó un criado diciendo que un caballero queria hablar á la señorita forastera.

El caballero siguió tan de cerca al anuncio, que las damas no tuvieron tiempo de responder palabra. Él se adelantó hácia Rosa, y la presentó una carta, cuya letra la hizo poner sumamente colorada: se la alargó en silencio á Mistress Steward: despues de haberla ésta leido se la dió á su marido, que acababa de entrar, y entonces él con la mayor serenidad

del mundo cogió por un brazo al caballero, le llevó hasta la puerta, y le precipitó por la escalera.

Cualquiera que fuere la opinion del caballero por un tratamiento tan duro, él fue interrumpido en lo que iba á decir ó hacer por el ruido de un brillante coche, que paró á la puerta de la casa, y entonces juzgó á propósito escaparse con cuanta velocidad le permitian sus cortas piernas: mas antes de introducir en casa de Mistress Steward la hermosa dama, que acababa de apearse de su coche, tomemos desde mas alto el hilo de la historia.

Milady condesa de Hopely acababa de hacer una visita á Mistress Frazer en Holy-Rood. Encantada la nueva esposa de ver que una muger de tan alta clase tenia la bondad de continuar manifestándola atenciones, en-

tró con ella en una narracion minuciosa, aunque no exactamente fiel, de todas sus imaginadas desgracias. La hizo entender con destreza que el robo de Kattia, y el matrimonio que acababa de contraer con Mr. Frazer, no eran sino consecuencias de los malos tratamientos que habia sufrido por parte del Mayor; pero como la era imposible remontarse hasta el orígen de todas sus penas sin hablar de la aventura del Burnseede, y de lo que perteneciese al conocimiento de Rosa, Mistress Frazer se creyó obligada á divertir á Milady con la historia de Mistress Walsingham y de la supuesta Miss Buhanum, segun lo que habia visto, oido é inventado, asegurando con certeza que la aventurera del Burnseede era la mendiga que habia abandonado á su hija, y que habiendo logrado despues

mayor ascendiente sobre su marido, le habia aconsejado que llevase á Escocia aquella muchacha, y que no solamente la diese su apellido, sino que aun la introdujese en su casa como una compañera de sus hijas. La conclusion de esta historia pareció al principio bastante fácil á Mistres Frazer, y añadio (hablando con Milady) que oprimida por toda especie de penas, la habia faltado el valor; que viendose incapaz de dirigir sus asuntos, y como Mr. Frazer ejercia una profesion honorífica, era uno de los amigos del Mayor... y... y...

Mistress Frazer titubeó, y no pudiendo acordarse de otro algun motivo que fuese tan poderoso para haber aceptado la mano de Mr. Frazer como los que acababa de citar, se detuvo, y se puso colorada.

Acaso el lector tendrá dificultad en

creer que despues de la afectuosa escena, que hemos referido entre Rosa y Mistress Frazer, pudiese ésta contar sus anecdotas sin que su conciencia no la hiciese alguna observacion; pero debemos convenir en que Mistress Frazer estaba tan exaltada con el honor de la visita de Lady Hopely, tenia un deseo tan vivo de conservar su lugar en el mundo, y hacer circular una histo'ria probable de los motivos de su conducta, y se hallaba tan fuera de sí por la fuga de Kattia, que realmente habia hablado de todos estos detalles sin intencion de ofender á nadie, pues todos sus pensamientos y sensaciones estaban entonces, como regularmente sucedia, concentrados solo en su interés personal.

Entre las brillantes cualidades que distinguian á Lady Hopely no habia

ni una sola que tuviese un orígen censurable, y muchas se derivaban esencialmente de la natural benevolencia de su carácter, pues siempre sentia el mas vivo interés á favor de cuantos habian incurrido en la desgracia general. La adversidad era la estacion en que su amistad florecia con mas prontitud, y los favoritos de la fortuna eran raras veces los suyos; pero de la historia que acababa de oir sucedio que, contra su costumbre, la curiosidad fue mas fuerte que la compasion. Entre las diferentes intrigas que Mistress Frazer habia supuesto en el Mayor excitaron mas que ninguna la sorpresa de Milady la historia del modo con que habia sido tratada la hija de la pordiosera, la educacion que se la habia dado, los instrumentos de música que poseia, y que segun su propia con-

fesion importaban una suma considerable; luego el forte piano, la harpa, y los muebles del Burnseede, que ascendian en elegancia á los de Castle-Gowrand; la misteriosa vida que hacia la supuesta madre de Rosa en la cabaña de Ferguson: en una palabra, todos estos pormenores parecieron tan apócrifos á Lady Hopely, que sintió la mas viva curiosidad de ver á la heroina de semejante novela; de modo que no haciendo caso de la confusion en que Mistress Frazer se hallaba por no encontrar alguna excusa plausible para el matrimonio que acababa de contraer, la pidió permiso para visitar aquella mendiga.

Mistress Frazer, que no habia pensado en excitar interés para otra sino para sí propia, se manifestó sorprendida al oir esta proposicion; pero no pudo negarse á dar las señas de

la casa de Mistress Steward, y Lady Hopely se sorprendió entonces de saber que la niña mendiga se habia separado de la buena Mistress Frazer: sin embargo, despues de haber llenado de alegría á esta última por el convite que la hizo de ir á comer con su nuevo esposo á Hopely-House, subio en su coche, y se paro á la puerta de Mistress Steward en el momento crítico en que el caballero, de que hemos hablado, acababa de dar un salto tan peligroso en la escalera, y Lady oyó desde la calle las amenazas que él dirigia á otro caballero, que le habia venido siguiendo, el cual era Mr. Steward, hombre incapaz de escuchar á sangre fria semejante lenguage, y que sin duda le hubiera respondido de un modo, que acarrearia malas resultas, si no hubiese llamado su atencion el brillante coche

que paró á su puerta.

Se apeó Lady Hopeli, preguntó si vivia allí Mistress Steward, y sabiendo que su esposo era quien la recibia, le dió la mano con un aire gracioso, y fue conducida á una sala, donde se hallaba Rosa con los ojos bañados en lágrimas, y su amable huéspeda pálida como un cadáver.

Lady Hopely no tuvo dificultad en conocer cuál de las dos era el objeto de su visita; pero apénas pudo contener su sorpresa cuando Rosa con toda su acostumbrada gracia, y aquella dulce facilidad que nace de una educacion distinguida, correspondió á sus cumplimientos, apénas Mr. Steward la participó su nombre y su clase. Ella se expresó de un modo igualmente distante del orgullo que de la humildad, pero lleno de una digni-

dad modesta; y luego que vió sentada á Milady, se levantó con mas viveza, aunque no con menos respeto, y ofrecio una silla á Mistress Steward, que estaba atónita, sin poder adivinar el motivo que conducia á su casa una señora de aquel rango tan distinguido.

Despues que todos ocuparon sus asientos, Lady Hopely, cuyos ojos estaban fijos sobre el rostro de Rosa con una expresion, que pintaba el placer que hallaba en aquel exámen, comenzó á experimentar cierta confusion interior. Habia seguido el impulso de su curiosidad, sin preguntarse á sí propia si hacia bien o mal, y sin suponer un momento que una criatura de aquella especie pudiese presentarla un exterior tan noble, tan distinguido, y un donaire tan agraciado, con una fisonomia notable por

su belleza, y mucho mas por cierta dignidad, que inspiraba respeto; mas entonces esta prueba estaba á su vista, y así avergonzándose de la precipitacion de su visita, apartó los ojos de la frente de Rosa, y los inclinó al suelo, donde estaba el sobrescrito de una carta, en cuyo sello (aunque roto) se veía un magnífico escudo de armas con su corona, y este sobre era precisamente el que habia sido causa de que el referido caballero hubiese bajado con tanta rapidez las escaleras.

Lady Hopely advirtió que su respeto se iba disminuyendo, y que la curiosidad recobraba ya todo su imperio.

"Señoras, dijo ella con una sonrisa irónica, que hizo poner como una grana á Mistress Steward, hacedme el gusto de decirme cuál es de vosotras

dos aquella con quien se cartea el Lord Lodwer?"

Sin responder Mr. Steward una sola palabra cogió la carta, y la puso en manos de Milady, quien leyó en alta voz lo siguiente:

"Yo supongo que sois una aventurera; pero no quiero haceros ninguna pregunta sobre esto. — Yo amo vuestra persona. — Hacedme conocer cuáles son vuestros deseos. — Mi gentil-hombre está encargado de arreglar con vos los tratados que os puedan convenir. — Él tiene mis poderes, y yo soy un hombre de honor:

Lodwer."

"¡Oh! dijo Lady Hopely arrojando la carta con desprecio; he aquí lo que ellos llaman honor:" y mirando á Rosa continuó: "yo presumo, hija

mia, que-á vos se habrá dirigido esta bella carta: yo he visto al *gentil-hombre* salir de la casa cuando llegaba mi coche. Y bien: ¿ha arreglado con vos los tratados que puedan conveniros? Yo presumo que no ignorareis que el hombre *de honor*, de qué se trata, acaba de casarse con una hermosa joven, y que tiene muchos hijos de su primer matrimonio."

"Milady, replicó Rosa ofendida del tono que Lady Hopely habia tomado, yo no conozco á ese que me ha insultado, así como tampoco tengo el honor de conocer ni adivinar los motivos que os obligan á examinarme de ese modo con mas curiosidad que. . . ."—"Que política, ¿no es así?" — "En efecto; respondió Rosa; porque, Milady, una persona de mi esfera no se atreve á diferenciar de opinion cuando habla con una se-

ñora de vuestro rango." — "¡Bravisimo! exclamó la condesa. Si teneis siempre tanto espíritu, seguramente habreis despreciado á ese hombre de honor." — "Interin le despreciaba ella, dijo Mr. Steward, yo he arrojado por la escalera á su gentilhombre."

El rostro de Rosa estaba inflamado de indignacion mientras Milady la dirigia unas miradas, que parecia intentaban penetrar hasta el fondo de su alma. "¿Qué historieta me ha contado esa muger extravagante?" dijo Milady advirtiendo que hablaba de Mistress Frazer. "Yo me atrevo á asegurar que es exacta" replicó Rosa, que insultada por un Lord, y humillada por una Lady, no se avergonzaba de haber sido una mendiga. "Eso es imposible, dijo Milady: su historia no puede ser exactamente verda-

dera. ¿Cómo ha llegado ella á descubrir quien era vuestra madre?" — "¡Mi madre!" exclamó Rosa poniéndose mas colorada. — "Sí. . . esa muger del Burnseede. . . no me acuerdo de su nombre." — "Mistress Walsingham." — "Esa misma." — "¿Y Mistress Frazer ha dicho que Mistress Walsingham era mi madre?" — "Sí: ¿y podeis asegurar que esta parte de su narracion sea verdadera?" — "Los descubrimientos de Mistress Frazer son muy extraños, y yo no me atreveré á asegurar la certeza de su narracion" — "¿Así pues no confesareis á Mistress Walsingham por vuestra madre?" — "¡Confesarla por mi madre! ¡ah! ¡pluguiese al cielo que alguna vez pudiese reclamar semejante madre! No, Milady: vos habeis debido saber que yo soy una miserable criatura, recogida de la clase mas

humilde del pueblo por un sér generoso, que ha mucho tiempo no existe: esto es lo que Mistress Frazer os habrá contado, y cuya verdad yo aseguro; pero sabed, Milady, que yo soy aun mas desgraciada que lo que tal vez ella cree: mi infeliz madre sin duda existe todavia, y es el oprobio del sexo de que Mistress Walsingham es el mejor adorno. Si tengo padre, ú otro pariente, ellos son tan desgraciados como la que me ha dado el ser. He aquí, Milady, las circunstancias que yo creía habian llegado á vuestra noticia; pero cuando por aliviar las penas, ó para excusar su propia conductá, Mistress Frazer reune mi suerte á la del excelente Mayor y de la amable muger, cuya pérdida lloré hasta ayer, el deshonor y la doblez no pueden renacer sino sobre su propio carácter."

Rosa se expresaba con exaltacion: pero aunque el sentimiento de la bajeza de su orígen y de su extremada pobreza y dependencia hubiese de algun modo dulcificado la violencia de su natural energía, la justa altivez que la daba su inocencia, y la seguridad de no tener nada que reprenderse, prestaba á sus expresiones una dignidad serena, que añadia nuevas gracias á su hermosura sin igual; y así por mas que despues que dejó de hablar, y se recogio en si misma, se recordó toda la fuerza de su triste posicion, no sintio sino el amargo pesar de haber perdido alguno de los mejores amigos, y verse separada de los que aun tenia.

Las penetrantes miradas de Lady Hopely permanecian siempre fijas en su rostro, y volviendo ella la cabeza hácia la ventana para ocultar las lá-



grimas, que la arrancaba la memoria de lo pasado, vió con terror que el hombre de honor y su mensagero paseaban la calle, y hacian gestos amenazadores mirando á las ventanas.

Rosa dió un grito, y cayó sobre su silla. Penetrada Lady Hopely de admiracion por la firmeza de carácter que acababa de desplegar con tanta ventaja, y verdaderamente interesada de su noble franqueza, se sobresaltó tanto como Mistress Steward al verla en tal estado. Entregándose entonces Milady sin reserva al interés que la inspiraba una jóven inocente y desgraciada, se manifestó tan bondadosa y tan sensible á la situacion de Rosa, que encantada ésta al ver la mudanza de sus modales, y agradecida á la tierna solicitud que la manifestaba, se abandonó á la esperanza consoladora de que el cielo la en-

viaba una nueva protectora en su aflieccion; de modo que un suceso, que al principio pareció anunciarla nuevas mortificaciones, llegó á ser uno de los mas felices de su vida.

Instruida Lady Hopely por Rosa de los motivos que habian inducido al Mayor para presentarla á Mistress Buhanum solamente con el título de protegida y coheredera del Coronel, y sin hacer mencion del estado deplorable de que la habia sacado aquel hombre generoso, aplaudió la prudencia y delicadeza de esta conducta. Milady habia conocido antiguamente al Coronel Buhanum, y conservaba relaciones con muchos de sus antiguos amigos, y así pareció interesarse vivamente en todos los detalles que podian pertenecerla.

"Ahora bien, dijo ella á Rosa, ¿qué podremos hacer por vos? Si yo,

tomándoos bajo mi inmediata proteccion, no hiciese mas que excitar la murmuracion de todas las mugeres de la ciudad, á mí se me daría poquísimo cuidado; pero vos, querida mia, teneis la desgracia de ser tan hermosa, que no podeis esperar se os admita en ninguna casa donde haya hijas que casar; las mias, por ejemplo, nunca me perdonarian introducir á su lado un enemigo tan formidable: por otra parte, si permaneceis en Escocia, no debo ocultaros que todas las jóvenes de Edimburgo han padecido tanto por la indiferencia de todos los hombres, causada por esa extravagante viuda y su hermosa Kattia, que inmediatamente que ellos empiecen á haceros la corte, lo que no podra dejar de suceder apénas os presenteis en el mundo, todas las extravagancias de la madre y la hija re-

caerán sobre vos, y tal vez se os achacará el querer imitar su conducta.

Rosa se puso colorada.

"Sí, sí, continuó Lady Hopely: yo estoy persuadida de que sois una excelente jóven; pero como ya he dicho sois tan intolerablemente hermosa, que vuestra belleza es un crímen, que os ocasionará mil sucesos desagradables: yo pienso pues que haréis muy bien en marchar á Londres. Aceptad esta bolsa de marroquin: en ella van las señas de mi casa, no dejeis de darme noticia de vos este invierno cuando yo vaya á Inglaterra; y si entretanto yo os puedo ser útil, ya sea recomendándoos, ó ya de otro modo, disponed de mí en todas las ocasiones, y tened cuidado de escribirme. Á Dios, querida hija mia: huid siempre de los que se llaman

hombres de honor, y de las *mugeres bonitas.* Á Dios."

Milady acabó su visita con tan poca ceremonia como la habia empezado, y desaparecio antes de que Rosa hubiese podido comprender que se despedia.

En vista de la sancion que una muger tan respetable acababa de dar á la opinion de Mistress Steward sobre la Escocia, Rosa sintió aumentarse su deseo de ponerse en camino. Eran las dos de la tarde, y una diligencia de Newcastle salia de Edimburgo á las cuatro; pero auxiliada por el zelo de sus nuevos amigos envió su equipage al furgon, puso algunos vestidos de su uso en la maleta, que debia llevar consigo, ínterin que de prisa y corriendo se servia la comida, despues de la cual acompañada Rosa de Mr. y de Mistress Ste-

ward entró en un coche, que debia conducirla hasta la diligencia, que la aguardaba á alguna distancia de la ciudad, á fin de evitar que el *hombre de honor* y su *gentil-hombre* supiesen el camino que tomaba.

Rosa habia estado tan absorta en sus reflexiones desde su vuelta de Holy-Rood á casa de Mistress Steward, que no habia tenido tiempo de pensar en su amigo el Doctor Cameron; pero al pasar por el puente del Norte le encontró, que iba en su coche: él bajó el vidrio para saludarla, y excusarse de no haberla visitado, porque habia tenido que asistir á una consulta, y añadió que entonces mismo iba á otra en Hannover-Street: Rosa le hizo una cortesía risueña y amistosa, y ambos coches continuaron su camino.

"Excelente hombre, dijo Rosa,

¡cuán ingrata hubiera yo sido, á no ser por este encuentro accidental! Mistress Steward, yo os encargo que le participeis los motivos de mi precipitado viaje, y que le digais de mi parte todas las cosas afectuosas que pueda sujeriros vuestro sensible corazon."

Mistress Steward se lo prometió, y poco despues Rosa tuvo motivo de nueva pena al pasar por delante de Holy-Rood. Levantó sus llorosos ojos hácia la ventana en que habia pasado tantas y tan laboriosas horas trabajando para la ingrata viuda de su desgraciado amigo y para su encantadora y desgraciada hija. Vió á Emma y Jessy sentadas, y pasando sus melancolicos ojos por el concurso, que en aquella temporada de fiestas llena las calles de la ciudad. La idea de que probablemente era

la última vez que veía á aquellas jóvenes, á quien amaba tiernamente, la causó el mas vivo dolor.

"¡Ay de mí! exclamó ella, he aquí todo lo que resta de aquella feliz tertulia, que me hizo disfrutar tantos placeres durante el estío, y que me convirtió en agradables las sombrías y nebulosas tardes del invierno. Dulces criaturas, amables niñas, ¡ojalá el alma inmortal de vuestro respetable padre pueda velar sobre vosotras, y obtener que las bendiciones del Todopoderoso caigan sobre vuestras inocentes cabezas!"

Apénas habia pronunciado esta súplica con el entusiasmo de la amistad, cuando se alejo el coche de la casa, y ella continuó haciendo besamanos á la ventana, ínterin pudo distinguir á sus jovenes y amables compañeras.

Poco despues llegaron á la diligencia, y no se despidió sin lágrimas de aquellos esposos, que la habian recogido con tanta bondad y generosidad, prodigándola tan delicadas atenciones.

CAPÍTULO III.

Como Edimburgo estaba sobradamente lleno de gente, y demasiado divertido en aquella época, para que lo abandonase ninguno de sus habitantes, así es que Rosa se halló sola en el coche. Sentada en el fondo de él se entregó á las sensaciones dolorosas y penosas que la hacian nacer la vista de los objetos, que rápidamente se la presentaban y desaparecian. Volvió la cabeza atrás, y dirigió una mirada al palacio, y á las cumbres de Artur y del Calton: pensó en el excelente Mayor y en sus encantadoras hijas, y no pudo contener sus lágrimas; mas la idea de que cada instante la acercaba al lugar donde tanto habia deseado dirigirse, y la alejaba de aquel, que con tanta impaciencia habia deseado dejar,

calmó sensiblemente esta sensacion dolorosa.

Sin embargo, fijando su atencion en el objeto de su viaje solitario, su imaginacion no la ofreció la consoladora perspectiva que se la habia figurado antes de su partida. Sola, sin apoyo, ni proteccion, abandonada en este vasto universo, no la animaba la esperanza de llegar á la casa paterna, ni debian salirla al encuentro ningun tierno y afectuoso pariente, ni los amigos noticiosos de su viaje contaban por momentos la hora de verla llegar á su pais natal. Si Mistress Harley existia todavia, seguramente seria para Rosa la misma que era antes; pero habia mucho tiempo que no tenia noticias suyas, y no podia adivinar la causa de tan largo silencio. Eleonora, la buena y sensible Eleonora era siempre la misma; pero en lugar

de gobernar la casa del Doctor Croack y su familia estaba bajo la direccion de sus ilustres parientes. Habiendo el Doctor incurrido en la desgracia de ellos por el mal modo con que habia manejado los intereses de su jóven pupila, podia ignorar el lugar de su residencia; y por consecuencia la carta de Rosa, enviada bajo su sobre, acaso no habria llegado á manos de Eleonora.

Tambien era verdad que Mistress Walsingham habia declarado en su carta al Mayor su proyecto de ir á Londres; pero tambien daba á entender que seria posible que no se detuviese allí mucho tiempo. ¿Cómo, pues (suponiendo que aun estuviese allí) seria fácil que Rosa, desconocida de todos los habitantes de la Metropoli, é ignorando el modo de dirigir sus investigaciones, pudiese conseguir en-

contrar una persona, que segun su propia confesion tenia tantos motivos para ocultarse de todos?...

Estas reflexiones tan exactas como fuertes no habian ocurrido á Rosa cuando su espíritu, agitado por la mas viva indignacion contra Mr. y Mistress Fracer por su conducta ratera y cruel, no la habia dejado ver otra desgracia que la de hallarse bajo su dependencia. Despues el exceso de su gozo al saber que Mistress Walsingham existia, la impidió pensar en los obstáculos que podian oponerse á la reunion con esta amiga tan querida. Pero en aquel momento, sola y entregada á sí misma, no teniendo persona que exaltase su descontento, ó la ofreciese consuelo, se estremeció al aspecto que se ofrecia á su vista. Eclipsáronse á sus ojos las ventajas que esperaba encontrar en el

término de su viaje, y el temor de los peligros á que iba á exponerse asaltó su imaginacion, y aumentó su pesar á cada milla que se alejaba de Edimburgo.

Las penas, la agitacion, el recuerdo de cuanto habia padecido aquellos dias, y el deseo ardiente de salir de Escocia habian exaltado de tal modo á Rosa en el momento de su partida, que apénas habia pensado en el modo con que se metió en el coche; pero su espíritu abatido por las reflexiones que acabamos de repetir la hacia mas sentible á la fatiga; su cuerpo delicado no pudo sufrir los perpetuos vayvenes, que se hubieran disminuido á haber ido mas cargado el carruage, y la noche entera que pasó de este modo incómodo desde Berwich á Newcastle la causaron tal desfallecimiento, que apé-

nas tuvo fuerzas para bajar del coche, y sentarse delante de una mesa, donde estaba preparado un desayuno, al que no la fue posible tocar.

Los peligros á que podia exponerse, y los gastos que ocasionaria su detencion en una posada, fueron los únicos motivos que tuvo para no pedir una cama, y en su lugar continuar el viaje en tal estado.

Se cambió de coche en aquel parage, y como Rosa no habia comido ni bebido en la posada, y parecia como un cadáver, no la incomodaron pidiéndola dinero alguno, y aun el posadero la ayudó á subir al coche, sin que ella pudiese articular una palabra para darle las gracias. Continuó así su camino, sin advertir las mudanzas de los carruages, é insensible á los vayvenes, que tanto la habian fatigado la noche anterior; de

modo que cuando se hizo parada en Durham para mudar caballos, ella iba desmayada. La echaron agua en la cara, y la suministraron los auxilios propios de semejantes casos, y al fin recobró sus sentidos: entonces, aunque muy rendida, insistió en proseguir su camino; pero su valor excedia á sus fuerzas: así es que á la posta siguiente, habiendo tenido el conductor la humanidad de mirar al coche, la halló desmayada de nuevo, y el rostro cubierto de un sudor frio. Exclamó que aquella dama iba á espirar, y la llevó á una posada, donde la dejó con su maleta: despues, habiendo encontrado otro viajero, prosiguió su camino.

La noble fisonomia de Rosa, la sencilla elegancia de su vestido, la blancura y delicadeza de sus manos probaban que debia ser de una clase

distinguida, y la atrajo la particular consideracion de la posadera, que acostumbrada, como decia, á no recibir en su casa sino personas de un rango superior, se dignó ocuparse ella misma en prepararla una cama, en que Rosa se acostó inmediatamente, y la posadera envió á buscar á su médico, para que una tan encantadora persona no pereciese por falta de auxilios.

La llegada del Doctor fue con todas las fórmulas de estilo: mandó una sangría, varias medicinas, y que se hiciese venir una enfermera.

Rosa, casi espirando de debilidad y de cansancio, no sintió su situacion hasta por la mañana, que despertó con un poco de calentura, pero sin aquel decalmiento horrible, que la habia rendido el dia anterior. Las redomas colocadas sobre la chi-

menea, la presencia de una muger desconocida á la cabecera de su cama, que la dijo tenia el honor de ser su enfermera, y la oficiosa voz del Doctor, que la preguntaba cómo se hallaba, la causaron una sorpresa bien dolorosa, y la llevaron maquinalmente la mano á sacar su bolsillo de debajo de la almohada, á fin de tranquilizarse revistando exactamente su caudal, que iba á disminuirse mucho por el coste que exigia todo aquel aparato; pero no encontró tal bolsillo. Su corazon palpitó con violencia: buscó en la otra faltriquera; pero en una palabra la bolsa se habia perdido, y Rosa consternada preguntó con voz trémula á la enfermera, y al posadero y su muger, que acababan de entrar, si sabian de su bolsillo. La enfermera respondio que no le habia visto, y la posadera exclamó: "¡Dios mio! ¡á la

verdad he aquí un bonito negocio! ¿Cómo? ¿no tiene ella ninguna moneda? ¿querrá suponer que la ha perdido?" El huésped dijo á su muger que se tranquilizase, añadiendo que estaba cierto de que una dama tan bonita no podia menos de tener amigos de un modo ú otro, aunque se hallase sin dinero.

Pero ¡oh colmo de desgracia y de infelicidad! Rosa declaró que habia perdido hasta el último scheling, y que no tenia ni un solo amigo que pudiese socorrerla.

"Pero teneis una maleta," dijo el huésped mirando la de Rosa, que estaba en un rincon, y salió furiosamente del cuarto, acompañado de su muger.

Entonces nada pareció mas probable á la posadera que la perfecta curacion de Rosa, aunque una hora

antes acababa de asegurar el Doctor que encontraba claros los síntomas de una fiebre ardiente y fuertísima. Protestó que todo esto era exagerado, y que la *jóven* se hallaba capaz de marchar al primer carruage; que por otra parte ella no queria creer la pérdida del bolsillo; que ademas necesitaba de todas cuantas camas tenia en casa, pues de un instante á otro aguardaba al duque de Dunderhead, que debia pasar por allí para ir á Inglaterra; que Milady la duquesa era sumamente escrupulosa en las alcobas donde debian dormir sus criados; que el criado del Milord acostumbraba siempre á ocupar aquel cuarto en que se hallaba la jóven; y en fin, la posadera concluyó su discurso mandando á una de sus criadas que fuese á anunciar á la pobre Rosa que podia pasar aquella noche en

la Estrella de Oro, con tal que á la mañana siguiente dejase libre el cuarto al ayuda de cámara del duque de Dunderhead, que con toda su familia debia ocupar la noche inmediata cuantas camas habia en la casa.

Rosa no se dignó responder á este prudente mensage: ya se habia levantado; y mientras que su enfermera la hacia observar que habiendo pasado toda la noche á su cabecera sin tomar otra cosa que una taza de té y un cuartillo de cerbeza, esperaba que Miss tuviese la bondad de darla una gratificacion, Rosa se vistió con una mano trémula, y las mas amargas lágrimas caían de sus ojos sobre sus lastimadas mejillas.

¡Cuánto hubiera dado entonces por hallarse en Edimburgo al lado de la bondadosa Mistress Steward, del sensible Doctor Cameron, y aun en

Holy-Rood con Mistress Frazer sufriendo todas sus injurias y malos tratamientos! Cruzó las manos, y dirigió al cielo una mirada acompañada de una exclamacion muda, pero terrible é inexplicable. ¡Ay! ¿qué iba á ser de ella? Sola, desconocida, sin dinero en una posada pública, sin amigos para asistirla, cargada de deudas, cuyo pago, si lo hacia al salir de aquella posada, la quitaria los medios de alojarse en otra. "¡Dios justo! exclamó ella cediendo al fin á su opresion y congoja, ¿qué delitos he cometido...? ¿Por qué soy yo sin cesar la víctima de una suerte tan inexorable?" — "Vos no habeis hecho nada, querida mia," dijo una muger gruesa vestida de camino, que noticiosa por voz de la posadera de las desgracias de Rosa habia sufrido una irresistible curiosidad de ver

á aquella jóven, á quien todos por la mañana pintaban como un ángel, y por la tarde trataban como una aventurera: "vos no habeis hecho nada, continuó, sino perder vuestro dinero, lo que seguramente convengo en que es muy sensible."

Rosa se sobresaltó al oir la voz ronca, y ver una persona, cuyo exterior era poco á propósito para inspirar una impresion favorable. Estaba vestida de un trage azul cortado á la amazona, y con un cuello de color carmesí: su cabeza cubierta con un sombrerillo verde guarnecido de plumas negras, tenia un magnífico reiox pendiente de una cadena de oro á un lado de la camiseta de seda blanca, pendian de sus orejas dos gruesas manzanas de oro, y en cada uno de sus dedos se veian sortijas del mismo metal: su edad parecia de cuarenta y

cinco á cuarenta y seis años, su rostro pálido algo aviejado, y una voz profunda y seca, que á veces interrumpia sus palabras, anunciaba una grande irritacion de pecho, ó una próxima inflamacion de los pulmones.

"Los posaderos, continuó ella, están muy mal prevenidos, y tienen tal costumbre de engañar á todo el mundo, que no es de extrañar que juzguen á los otros segun su modelo. Si habeis perdido vuestro dinero, no hay que desconsolarse por eso. ¿De qué sirve exclamar gran Dios, justo cielo, y despues llorar como una niña? Vos teneis cara de muger de bien, yo estoy cierta de que no sereis una engañadora. He aquí, añadió sacando un bolsillo amarillo y bien lleno, he aquí lo bastante á satisfacer á todos los posaderos del mun-

do; y yo os prestaré con mucho gusto el dinero que necesiteis. ¿Cuál es el camino que pensais seguir en saliendo de aquí?"

El exceso de sorpresa quitó á Rosa el uso de la voz. Una oferta tan franca y tan confiada de parte de una persona, cuya presencia mas bien era capaz de destruir que de inspirar la esperanza de semejante conducta, era cosa tan nueva, tan inesperada y tan poco verosimil, que ella dudó si habia oido bien.

La muger conoció su admiracion, y dijo: "Es cierto que vos debeis estar sorprendida; y á decir verdad, yo me admiro tambien del impulso que me arrastra hácia vos, porque jamas he experimentado otro semejante desde que existo, aunque Garnet da bastante dinero á los pobres, y, Dios me perdone, yo sé bien por qué

lo hace. Sin embargo, como yo no puedo detenerme aquí un momento mas de lo que debo, os suplico que envieis á pedir vuestra cuenta: el niño Philly se queda á acompañaros, y por él me enviareis á decir el dinero que necesiteis."

Philly era un bonito niño, de unos cinco años, rubio, mejillas encarnadas y labios hermosos. Su sonrisa y su fisonomía despejada chocaron á Rosa apénas le miro, y le halló cierta semejanza con otra persona, que no la era desconocida, aunque no pudo acordarse quien fuese, ni en qué parte la habia visto.

Luego que salió del cuarto aquella muger, Rosa comenzó á suspirar con amargura de la necesidad en que se hallaba, no solamente de contraer una obligacion pecuniaria con una persona, á quien no conocia, sino

tambien tener que mirar esto como una felicidad.

La muger que la habia ofrecido su bolsillo con tanta cordialidad parecia verdaderamente una muger vulgar; pero la accion generosa que acababa de hacer echaba á los ojos de Rosa un espeso velo sobre todo lo chocante que hallaba en sus modales. Por otra parte nada hubiera sidò mas sensible á nuestra viajanta que recibir el menor favor de la posadera, cuyo egoismo y dureza la inspiraba desprecio. Para ella todo era preferible á la desgracia de hallarse enferma y aislada entre gentes de esta especie, y morir acaso en la flor de su edad, sin que las lágrimas de la amistad pudiesen regar su sepulcro, y sin que ninguna señal condujese á su querida Eleonora á pisar la tierra que cubriese sus inanimados restos.

Ella no podia contener sus suspiros, entregándose á melancólicas reflexiones, mientras que el niño Philly, bullendo sin cesar alderredor de ella, la repetia que no llorase, porque su mamá tenia mucho dinero. Rosa apartó suavemente al niño, acercándose á una ventana, desde la cual al cabo de algunos minutos vió al cochero, que la habia dejado en aquella posada, y que volvia con el mismo coche. Habiéndola éste conocido se puso á hacerla gestos, que no pudiendo ella entender, los tuvo al principio por unos insultos, sin saber que una sorpresa muy agradable se la prevenia. El honrado cochero habia hallado su bolsillo en el fondo del coche al tomar unos viajeros que venian á Escocia; y habiendo sabido por un postillon, que acababa de pasar por la Estrella de Oro, la có-

lera de la posadera, por tener en su casa una enferma, que se hallaba sin dinero á causa de haber perdido su bolsillo, se habia apresurado á llegar cuanto antes, y saltó alegremente de su silla para entregar el bolsillo á su legítimo dueño.

Fácilmente se conocerá el placer que experimentó el noble y pundonoroso corazon de Rosa á vista de un suceso, que la libraba de contraer deuda con una desconocida. Envió á Philly á suplicar á su mamá que viniese á su cuarto: manifestó á ésta toda su gratitud con una viveza, de que tal vez no hubiera sido capaz si hubiese admitido sus ofertas, la enseñó el bolsillo que acababan de devolverla, y la dio mil afectuosas gracias por la bondad generosa que la habia manifestado.

La desconocida manifestó tan buen

humor oyendo esta noticia, que á pesar de que habia dicho estaba resuelta á partir inmediatamente, rogó á Rosa que la acompañase á comer.

La actual agitacion del espíritu de Rosa produjo el mismo efecto que cuando se hallaba entregada á todo su dolor, es decir, que la hizo insensible á la fiebre que la devoraba. Llamó para pedir su cuenta, y vió que ascendia á cinco libras esterlinas y once schelines, incluyendo las visitas del médico y gratificacion de la enfermera. Esta suma era casi la mitad de la que tenia su bolsillo; la pagó inmediatamente, y salió á reunirse con su nueva amiga, aunque el estado de su salud no la permitia participar de su mesa.

La muger desconocida pareció que tampoco tenia gran apetito, y así mientras Philly devoraba el puding

(embuchado) y los pastelillos, ella contó á Rosa que iba á hacer un viajecito al Norte para ver á sus parientes, que á Dios gracias todos estaban tan ricos como ella. Que su primo Tomás Chapman, rico arrendador, debia venir á buscarla á aquella posada para conducirla en su coche propio á su casa, donde debia ser madrina de su hija, y que de allí se proponia ir á las casas de otros dos primos suyos antes de volver á la suya con su buen marido, y rogó con vehemencia á Rosa que la acompañase en aquel paseo, prometiéndola la mejor acogida de parte de sus parientes.

Rosa, á quien los sucesos habian hecho entablar amistad con una muger, cuyo tono grueso y modales comunes eran tan poco á propósito para ella, no se sentia inclinada de mo-

do alguno á prolongar esta relacion, y así es que se negó, aunque con mucha política, á admitir la oferta de Mistress Garnet. Esta esperaba á su primo de un momento á otro; y Rosa, habiendo sabido que ningun carruage público debia pasar hasta por la mañana, se resolvió, á pesar de la debilidad de su bolsillo, á alquilar una silla para que la condujese ocho millas de allí al paraje donde debia llegar la diligencia de Leed á las seis de la tarde, pues no quiso permanecer otra noche en la Estrella de Oro, no obstante que la posadera se apresuró á noticiarla que el duque de Dunderhead habia diferido su viage, y que ya no tendria que ceder su aposento al ayuda de cámara de Milord.

Antes de que se acabase la comida llegó Mr. Tomás Chapman en su

coche á buscar á su prima. Mistress Garnet volvió á pedir á Rosa que fuese con ella, y dijo á su primo que era la jóven mas encantadora que habia visto por su bondad y la finura de sus modales.

El arrendador dijo que todo era fácil de creer, viendo tan bonita presencia, y reunió sus instancias á las de su prima; pero Rosa rehusó ceder á ellas con tal dulzura que aumentó su admiracion, y unicamente suplicó al arrendador que difiriese su viaje hasta que llegase la silla que debia conducirla.

El niño Philly habia concebido por Rosa aquel cariño, que si bien no es tan duradero como el de la edad madura, es por lo menos tan sincero; y asi al verla partir se puso á llorar diciendo que queria irse con ella, y Mistress Garnet, repitiendo sin cesar

los elogios de su buena conversacion, protextó que si no hubiese tenido que ser madrina de la nieta de su primo Chapman, se hubiera vuelto á Londres antes que separarse de tan amable jóven. Sin embargo debemos convenir en que el entusiasmo de Mistress Garnet para con Rosa no provenia sino de la complacencia con que ésta habia escuchado todas sus anécdotas sin interrumpirlas.

Cuando Rosa subió en la silla el posadero y su muger la acompañaron con mucha atencion, y ella se sintió mas aliviada al salir de aquella casa donde habia sufrido angustias tan crueles. Llegando á la posada donde debia pararse la diligencia de Leed, supo que no llegaria hasta despues de una hora, y pidió un cuarto donde pudiese tomar algun descanso.

El coche de Leed llegó á la hora

señalada, pero venia enteramente lleno. Una criada subió al cuarto de Rosa para anunciarla esta circunstancia, y la encontró rendida á un sueño tan profundo, aunque agitado, que no se atrevió á interrumpirla; y ya era media noche cuando nuestra infeliz viajanta despertó con un temblor general en todos sus miembros y un delirio, que la borró todo recuerdo del lugar y circunstancias en que se hallaba.

La posadera de esta casa era de carácter diametralmente opuesto al de la posadera de la Estrella de Oro. Habia subido al cuarto, y descubriendo por los movimientos convulsivos que agitaban sus miembros, que estaba enferma, dejó una criada á su cabecera con órden de avisarla cuando despertase.

Apenas Rosa recobró su memoria se informó del coche de Leed y de las

razones por que no habian querido interrumpir su sueño, y quedó desconsolada al saber que era el único carruage que pasaba por aquella villa, y que no volveria sino al otro dia á la misma hora. Sin embargo al dia siguiente se halló incapaz de ponerse en camino, su calentura se habia aumentado, su cabeza estaba débil, y no habiendo podido la posadera apelar al auxilio de la medicina, ella se fue empeorando por horas.

El vicario de la parroquia de aquel pueblo tenia una muger, cuya reputacion la habia hecho célebre. Mistress Parker era vivaracha, habladora, alegre, devota, caprichosa y llena de vanidad; pero lo que sobre todo la distinguía era un gusto decidido á la medicina y á las yerbas; habia leido á Buchan, aspiraba á poseer todos los mas profundos conocimientos del arte

de curar, y no era culpa suya si todos los enfermos de la parroquia no habian aprendido el camino del otro mundo por las drogas de su composicion.

Mistress Ellis, la posadera, seguramente no hubiera dejado de llamar en socorro de su joven enferma este esculapio de una nueva especie, si felizmente para Rosa Mistress Parcher no se hubiese hallado fuera del pueblo, pues habia ido á visitar á una señora de las cercanías; y como durante este intervalo se dejó obrar á la naturaleza, la fiebre dejó á Rosa, y empezó á gozar de una feliz convalecencia.

La posada de Mistress Ellis era una pequeña casita blanca, sobre cuya puerta estaba colgada la insignia del Leon rojo, y á pesar de que ningun otro carruage público que el co-

che de Leed se paraba allí, era celebrada por la excelente cerbeza que tenia, y los licores superiores â cuantos habia cinco millas á la redonda.

La mañana del sexto dia de su llegada á aquella casa, Rosa bajó á la sala comun, y sentada en ella calculaba tristemente cómo podria pagar los gastos que habia causado, cuando fue interrumpida por la posadera, que la comunicó la importante noticia de que Mistress Parcher estaba de vuelta. "¡Qué lástima, añadió ella, que querais marcharos tan pronto sin estar enteramente restablecida! porque la muger del vicario os curaria seguramente."

Mistress Ellis poseía tanta penetracion como la posadera de la Estrella de Oro para descubrir circunstancias semejantes á aquellas en que se

hallaba Rosa: fijó atentamente la vista en su rostro, y conoció en sus ojos el mal estado de su bolsillo.

Compadecida con esta observacion aquella buena muger interrumpió los elogios medicos de Mistress Parcher, salió precipitadamente, y corrió á sentarse en el banco que estaba delante de la puerta, gritando: "¡Qué lástima, Dios mio! ¿Qué hará en Londres una criatura tan hermosa sin dinero?"

El resultado de los cálculos de Rosa sobre su bolsillo la quitó enteramente la gana de comer, y la hizo concebir el mas vivo deseo de partir aquella misma noche, y de ver su cuenta, que envio á pedir.

El marido de Mistress Ellis habia ido á ver una riña de gallos, y ella instó á Rosa para que bajase á tomar un bocado en su compañia: y á pesar de cuanto esta hizo para excusarse, la

buena muger mandó servir una excelente comida, y escogió cuantos manjares podian lisonjear el apetito de su joven convaleciente.

Mistress Ellis era habladora, aunque no molesta, generosa sin vanidad, y económica sin mezquindez; cuanto mas observaba la belleza y finura de Rosa, mas suspiraba, y estaba pronta á exclamar, "¿qué hará una tan encantadora criatura en Londres sin dinero?"

Aunque Rosa no tuvo todavia la cuenta, su inquietud y su agitacion llegaron al último grado. Si el gasto de la Estrella de Oro habia ascendido por una sola noche á cinco libras y once schelines, ¿qué seria la del Leon rojo, por ocho dias, durante los cuales la habian cuidado tanto, y habia hecho tantos gastos? Incapaz de resistir mas a esta reflexion, volvio

la cabeza á la ventana, y se puso á llorar.

"¡Ay Dios! ¿qué teneis, Miss? dijo Mistress Ellis con un tono afectuoso. ¡Cuán feliz seria yo en poderos servir en algo! Miss, ¿vais sin duda á Londres?"

Rosa dio un profundo suspiro, y los ojos de Mistress Ellis se llenaron de lágrimas.

"Y bien, Miss, yo supongo que tendreis amigos en aquella ciudad, porque Londres es un mal pueblo para una jóven sin dinero y sin recursos."

Rosa, limpiándose los ojos, respondió que ya habia estado en Londres.

"Yo lo celebro mucho, respondió la buena muger; así no sereis una forastera en la ciudad: y decidme, ¿teneis allí algunos conocimientos?"— "No, contestó Rosa: he vivido á al-

gunas millas de la ciudad, y no hice mas que atravesarla para venir á Escocia con un caballero." — "¡Buen Dios! exclamó la otra: seria sin duda algun pariente vuestro." — "No." — "Un esposo, ó tal vez un novio." — "No."

Aquí la buena posadera comenzó á mirarla con alguna desconfianza.

"Perdonadme, Miss: pero supongo que ese caballero tenia en su familia algunas damas, que esperarian su llegada ó la vuestra." — "Sí, replicó Rosa algo cansada de sus preguntas: el caballero tenia muger é hijas."

"¡Bueno! exclamó la otra con alegría; pero os suplico que no os enojeis, pues no tengo malas intenciones, y tened la bondad de que os haga esta pregunta: ¿Habeis sido aya alguna vez?" — "Una cosa así he sido," respondio Rosa con una son-

risa melancólica.

"¡Qué felicidad! exclamó Mistress Ellis dando nuevas palmadas. Mistress Parcker viene de casa de Milady Lydear, que la ha encargado una aya para Miss Betzy, su hija: ademas Milady no hace nada sin consultar á Mistress Parcker, y yo estoy segura de que ésta no me negará nada, pues mi marido es quien cobra la renta al señor vicario. Así vos sereis aya: tendreis una bonita plaza, la tendreis: contad con mi palabra." Al acabar estas palabras salió con precipitacion.

Rosa quedó sorprendida de la bulliciosa alegría de Mistress Ellis, y al mismo tiempo encantada de la franqueza, que impedia poner límites á su gozo; aunque la última cosa en que pensaba era en la excelente plaza, que la posadera andaba tan soli-

cita por proporcionarla.

Á poco rato vió desde la ventana, donde estaba sentada, que la posadera volvia con otra muger, que creyó seria la del vicario.

Mistress Parcker entró en la sala con un aire de importancia: habia oido decir que Rosa era bella y desgraciada: mas sin embargo se dignó dirigirla la palabra, porque observó que no convenia á la muger de un vicario ser dura de corazon.

Rosa fijó la vista en la fisonomía de Mistress Parcker, y creyó conocer que la sensible y compasiva esposa del vicario tenia una muy alta opinion de su propio mérito.

Lo primero que hizo fue informar á Rosa de que Lady Lydear, la muger mas rica del condado, era su íntima amiga. Despues se quejó con una voz tan gruesa como la de un marinero de

la delicadeza de sus nervios, y con el aspecto de una robusta aldeana supuso que su salud estaba quebrantadísima, añadiendo que estos eran los únicos motivos que la impedian vivir eternamente con Lady Lydear, muger excelente, cuya confianza en ella era tan grande, que en todo descansaba sobre su talento, y efectivamente acababa de encargarla la eleccion de una aya para su hija. "La pobre Miss, añadio, ha estado hasta ahora abandonada al cuidado de los criados, y el jóven Sir Jacob no hubiera recibido mejor educacion que su hermana, si el vicario no hubiese recomendado en clase de preceptor para él á Mr. Jolter, hombre del mayor merito. Al presente, continuo mirando á Rosa con un aire de proteccion, como vos seis una joven expuesta á las asechanzas de los libertinos, que no dejarán

de tenderos sus lazos, á fin de conseguir vuestra ruina, yo quiero interesarme en vuestro favor, por consideracion á Mistress Ellis, y porque me ha dicho que sois una pobre muchacha en la mayor necesidad."

Rosa se puso colorada.

"¡Quién, yo, señora! exclamó Mistress Ellis: yo os he dicho que.... Miss, yo protesto.... querida madama, yo...."

Rosa se dijo á sí propia: ¿no podré yo nunca hacerme superior á esta vanidad ridícula, y á esta falsa vergüenza, que me asaltan sin cesar? Esta muger quiere humillarme, porque sabe que soy pobre. ¿Qué me importa, con tal de que no tenga de que arrepentirme?

"Vos habeis dicho la verdad, Mistress Ellis, interrumpio ella: yo estoy pobre: madama lo sabe.... y no

es necesario buscar excusa: yo hago justicia á vuestras buenas intenciones." — "Ciertamente, dijo Mistress Parcker, si los pobres tuviesen el orgullo de ocultar su situacion, ¿cómo se llegaria á asistirlos en su miseria?"

Las expresiones de *pobres* y de *miseria* por poco no hicieron perder la paciencia á Rosa, y se sintió muy poco dispuesta á favor de Lady Lydear, viendo que se dejaba gobernar en la eleccion de aya para su hija por una muger tal como Mistress Parcker. Por otra parte tenia muy poca ánsia en obtener una plaza, en que jamas habia pensado, y que por entonces la parecia poco á propósito para ella. Sin embargo, como poco despues dijo Mistress Parcker que una parienta de Miss Lydear debia llevarla á Londres de allí á dos meses, Mistress

Ellis hizo notar á Rosa que era aquella una excelente proporcion para hacer el viaje sin gasto alguno.

Rosa se lisonjeó con esta idea, y acordándose despues de la rapidez con que su bolsillo se habia disminuido, y podia disminuirse todavia, considerando su triste situacion, y la incertidumbre de hallar á sus amigas al concluir su viaje; todo esto hizo que la indiferencia con que primero habia mirado aquella plaza, se cambiase en un ardiente deseo de obtenerla. Así se esforzó á manifestar sus talentos para la educacion, é hizo mil preguntas á Mistress Parcker sobre Lady Lydear y su familia.

Mistress Parcker prodigó á una y á otra los mayores elogios, y Rosa la presentó el sobre de Milady condesa de Hopely como la persona que la recomendaria, si quisiesen escribirla.

Apénas Mistress Parcker oyó el nombre y título de semejante protectora, cuando quedo completamente satisfecha de Rosa; reconoció en ella todas las cualidades necesarias para emprender la educacion de la mas rica heredera del condado; la manifestó su interés particular; la convidó á comer á su casa al dia siguiente; prometió enviarla algunas drogas para su restablecimiento; la recomendó al cuidado de Mistress Ellis, y se despidió con el aire mas afectuoso.

"¡Oh! exclamó la buena posadera apénas salio Mistress Parcker: he aquí un dia de oro; porque Milady Lydear es rica como un judío, y generosa cuanto hay que pedir, aunque á decir verdad se debe convenir en una cosa. Milady es....." Mistress Ellis se detuvo, y Rosa preguntó con impaciencia: "¿Qué es Milady?"—

"Ya veis, querida Miss, respondió la buena muger acercando mas su silla, ya veis que cada uno en el mundo tiene sus faltas." — "Ciertamente, dijo Rosa; pero ¿cuáles son las faltas de Milady?" — "Poca cosa, respondió ella: Milady es una hermosa dama, una rica dama; pero tiene una manía verdaderamente extraña, y es que hace del dia noche, y de la noche dia: se acuesta cuando todo el mundo se levanta, y se levanta cuando todos se acuestan: sin embargo, á pesar de esta extravagancia ha conseguido la estimacion general por sus buenas cualidades, y yo estoy segura de que la concedereis la vuestra luego que la conozcais."

Rosa estaba bien instruida del modo con que dividen su tiempo las gentes del gran tono, y juzgo que si no habia otro inconveniente que temer

en casa de Milady Lydear, ella sufriria esta extravagancia con mucha paciencia. Por lo regular despues del fallecimiento del Mayor sucedia que el sol estaba ya muy adelantado en su carrera cuando la viuda se retiraba de su tertulia, y el mismo astro esparcia poquísimo sus luces cuando se dejaba ver Mistress Buhanum. Así lo que la posadera juzgaba tan extravagante llamó muy poco la atencion de Rosa.

Cuanto mas pensaba en su crítica situacion, mas se persuadia de que nada podia convenirla mejor que la plaza que la destinaban: era la única que podia desempeñar, y la unica tambien que la ofrecia un recurso honesto. Consideró asimismo que aunque se restableciese, la seria imposible llegar á Londres con la pequeña suma que la quedaba, sin ver-

se expuesta á. los insultos, y á las humillaciones; pues aunque su guardaropa y los pocos efectos que poseía hubiesen sido enviados á Londres en el furgon, creyó que la seria fácil hacerlos venir al parage donde iba. El deseo que tenia de ver á Eleonora y á Mistress Harley, y hacer investigaciones sobre el paradero de Mistress Walsingham, no habia perdido su fuerza; pero era el poder, y no la voluntad, lo que le faltaba para realizarle. Por otra parte en su situacion actual la era de la mayor importancia un asilo honesto, y dió gracias al cielo del que habia encontrado. Despues de haberse entregado á esta reflexion experimentó un vivo deseo de recibir noticias de sus amigos, y como Mistress Ellis habia salido para atender á sus quehaceres, escribió á Mistress Steward el detalle

de cuanto la habia sucedido desde su salida de Edimburgo, e incluyó en su carta un billete dirigido á Lady Hopely, para noticiarla que acababa de hacer uso del permiso que la habia concedido de valerse de su recomendacion.

Rosa en el espíritu de su apuro, y á pesar de la repugnancia que la causaba este paso, se habia decidido á escribir al Doctor Cameron, para pedirle una pequeña suma, de que creía iba á necesitar; pero esta necesidad se hacia menos urgente, segun la esperanza que tenia de entrar en casa de Lady Lydear, y resolvió no acudir á un medio, que heria su delicadeza, sino en el caso de que las circunstancias la obligasen imperiosamente á ello.

Consintió en participar de la cena de Mistress Ellis con mas gusto

del que habia participado de su comida, teniendo ya la esperanza de pagar entonces su cuenta. El barómetro de la salud de Rosa siguió exactamente el estado de su espíritu, y el sosiego que encontró entonces la dió la certeza de que al dia siguiente se hallaria capaz de marchar á su nuevo domicilio.

Mistress Ellis se opuso desde luego á esta determinacion, diciendo que un dia ó dos de espera no incomodarian á Lady Lydear; pero Rosa la dijo que era muy probable que Milady hubiese hecho el mismo encargo á otros amigos, y que por consecuencia no se debia perder tiempo. La buena posadera convino en la exactitud de esta reflexion, y dijo á Rosa que el coche, que debia conducirla á Londres, pasaba precisamente por delante de la quinta de Lydear.

Rosa dijo que temia llegar demasiado tarde si usaba de aquel coche, respecto á que éste no venia hasta las diez de la noche, y que faltando cuatro millas desde la posada á la quinta, seria ya media noche cuando concluyese su viaje

Mistress Ellis no la respondió sino recordándola que Milady hacia del dia noche y de la noche dia.

Rosa se sonrió; pero conociendo algo mejor que la pobre posadera la diferencia que las hermosas damas establecen entre sus negocios, tomó la resolucion de dejarse guiar por Mistress Parcker, que vista su intimidad con Milady sabria mejor que nadie lo que debia hacerse.

La desazon, los fúnebres sueños, y las vibraciones de nervios, que habian incomodado á Rosa las noches anteriores, cesaron de hacer efecto

luego que una perspectiva mas risueña vino á ofrecerse á sus ojos. Se durmió con la esperanza consoladora de que iba á cambiar otra vez su mala fortuna, y que no se veria expuesta á los peligros y mortificaciones, cuyo aspecto la habia horrorizado. Su sueño fue pacífico y agradable, y dispertó por la mañana con una disposicion de espíritu, que alejó de su encantadora figura aquella melancólica sombra y aquel abatimiento, que hasta entonces habian ofuscado su expresion natural. Se sintió tan buena y tan impaciente por ir á casa de Milady, que suponiendo que seria posible que Mistress Parcker la aconsejase valerse del mismo coche que habia indicado la posadera, preparó lo necesario para la marcha, y pidió su cuenta; pero no pudo conseguir que se la presentasen, pues la generosa

posadera dijo que no estaba puesto en el uso que las personas que servian á los grandes pagasen nada en las posadas.

"Pero yo no soy una criada, respondió Rosa poniéndose colorada, y nunca lo seré."—"Dios me perdone, Miss, exclamó la posadera: yo espero tambien que nunca lo sereis; pero si os quedais en casa de Milady, me convidareis á que vaya á veros, é iré ciertamente, y llevaré algunos amigos, y de este modo podreis pagarme. Si por casualidad fallase este proyecto, mi marido me ha ofrecido llevarme á ver á Londres, y entonces iré á apearme á vuestra casa, iremos juntas á ver las fieras, el parlamento y Bedlam, el príncipe de Gales y la vieja madre de Thinkembod, y todas las demas curiosidades de la ciudad; y esto es proporcionar otro medio de

pagarme. Pero he aquí, prosiguió interrumpiendo á Rosa que empezaba á hacer algunas reflexiones, he aquí el pequeño Jockey de Mistress Parcker, con su librea de los domingos, que viene á buscaros para que vayais á comer allá. Es preciso que yo vaya á ponerme mi vestido de Persia y mi jubon de flecos, y luego iré tempranito á reunirme con vosotras, á fin de tomar una buena taza de té juntas, como Mistress Parcker me ha convidado."

Repugnaba infinitamente á la delicadeza de Rosa deber ningun favor á Mistress Ellis; pero como el Jockey aguardaba abajo, y la honorable Mistress Parcker y su orgulloso esposo deseaban con ansia su llegada, no quiso ella insistir mas en un asunto que por otra parte hubiera afligido demasiado el excelente cora-

zon de la generosa posadera.

Mistress Parcker ignoraba, ó no queria poner en práctica, aquel excelente principio de que la ostentacion de la prosperidad es un insulto para el desgraciado, porque ella se habia complacido en desplegar todo el lujo que reinaba en su casa: habló mucho de sus riquezas, de sus relaciones con todos los personages del condado, y de la antigüedad de su familia, mientras que el vicario despues de dichas sus oraciones comenzó por servirse él mismo un gran pedazo de jamon, despues una tajada de pudding (embuchado) de manzanas, y sin dignarse hablar una palabra arrimó los platos hácia su muger y Rosa.

Esta última, igualmente disgustada de la grosería del vicario que de la charlatanería de su muger, se alegró

viendo entrar á Mistress Ellis, cuyà presencia rompió en parte la monotonia de aquella escena. Se habló del modo con que Rosa debia hacer su viaje, y Mistress Parcker habiendo aprobado su deseo de marchar aquella noche, se retiró para escribir la carta de recomendacion á su querida Lady Lydear.

Sirvióse luego el té, y el vicario, despues de haber comido una gran porcion de vizcochos, y tragado cinco ó seis tazas de café, se durmió profundamente, dejando á las damas todo el peso de la conversacion, hasta la hora en que el coche se detuvo á la puerta del presbiterio, segun las órdenes de Mistress Ellis.

Como ya estaba entregada al cochero la maleta de Rosa, no la fue posible pagar á la buena posadera, la que procuró evitar con todo cui-

dado hallarse á solas con ella, hasta el instante que tomó el coche. Entonces habiendo recibido la carta de Mistress Parcker, y los mas afectuosos votos de Mistress Ellis, se vió Rosa nuevamente en un carruage público.

CAPÍTULO IV.

Dos hombres y una muger fueron esta vez los compañeros de viaje de Rosa. Despues de algunos minutos de silencio, durante los cuales cada uno pensó en colocarse lo mejor que pudo, uno de los hombres preguntó á Rosa si se proponia concederle su compañia hasta Londres.

Rosa estaba muy poco dispuesta á hablar ; pero habiéndola repetido la pregunta se contentó con responder secamente: *no*.

El viajero respondió que lo sentia, pues el gustaba mas de la compañia de las mugeres que de la de los hombres, lo cual era muy natural, y suponia tambien que las mugeres debian preferir la de los hombres , y dirigiéndose particularmente á Rosa,

añadió: "yo me atrevo á asegurar, señorita, que vos pensais como yo: ¿nó es así?"

El desprecio que inspiraron á Rosa los modales de este hombre la hubiera impedido repetir el monosilabo *no*, si no hubiese supuesto que ella pensaba como él: pero juzgó á proposito repetir su respuesta; y el acento con que la pronunció causó tales risotadas á los otros viajeros, que el preguntador quedó muy mortificado: pasados algunos minutos de silencio volvió á entablar con la muger, que estaba sentada á su lado, la conversacion, que segun las señas se interrumpió cuando llegó Rosa.

"¿Con qué segun eso, vos no habeis sabido esta parte de la historia antes de salir de Edimburgo?" — "No señor, replicó ella: se decia generalmente que Mr. Angus despues de

haberse dirigido de un modo honesto á la bella Miss Buhanum, se habia burlado de la familia, y la habia robado. Sin embargo, hubiera sido muy natural que un hombre tan apreciable y bueno como el Doctor Cameron hubiese perseguido al seductor de su pupila; pero eso que despues nos habeis dicho presumo que no querreis confirmarlo, á no tener pruebas convincentes." — "¡Oh! en cuanto á eso señora, respondió él, yo puedo jurar que no me equivoco." — "Ahora bien señor, eso es muy extraño: yo no he pasado sino un año en Edimburgo; pero he oido rasgos tan brillantes de Mr. Angus, que soy una de aquellas á quienes la historia del robo no parece auténtica." — "Esa es, exclamaron los otros viajeros, la opinion de cuantos conocen á Mr. Angus y su familia." — "Sí, sí, respondió el que

habia hablado primero, Mr. Angus es muy hombre de bien, pero no es un gran mal engañar á una jóven (*). ¿No es así, señora? añadió mirando á Rosa; yo quisiera oir ahora un *no*."

Rosa conoció que la imprudencia de la pobre Kattia, y la opinion de que Mr. Angus la habia robado eran el objeto de la conversacion: pero como ella percibia que ésta debia ser la consecuencia natural de una accion tan incomprensible, se afligió sin sorprenderse de lo que acababa de oir, y no dignándose atender á la impertinente cuestion del que se obstinaba en preguntarla, se envolvió en su ropa, decidiéndose á escuchar cuanto se dijese sin mezclarse en la conversacion.

(*) Expresion libertina, que no debe pronunciar un catolico, y el lector comprenderá es un retrato de los muchos entes, de que debe libertarse.

"Me han asegurado, dijo la muger, que una jóven habia acompañado al Mayor cuando se trasladaron á Edimburgo á las habitaciones del Lord Aaron Horsemagog, y que era hija natural de uno de sus parientes; que Mistress Buhanum, juzgándola demasiado hermosa, habia puesto todo su esmero en que no se presentase al lado de su hija, y es verosimil que una jóven encerrada así en una prision hubiese podido ser arrastrada á algun paso imprudente. Sin embargo, si el Doctor Cameron, cuyas virtudes son generalmente conocidas, y que goza de la opinion de toda la ciudad, tiene segun se asegura tanta parcialidad respecto á esa jóven, es preciso que ella lo merezca." — "Yo os aseguro con mi palabra, respondió el preguntador de Rosa, que la muchacha tiene un talento particular para

engañar. Ella es artificiosa como un demonio: á no ser por esto, ¿como era posible que una pobre mendiga hubiera engañado por tan largo tiempo á una familia respetable? Yo os juro que ella tiene una malicia infernal."

Rosa apartó un poco la ropa en que se habia envuelto, alargó la cabeza, á fin de no perder una sílaba de cuanto se decia, y ápenas se atrevia á respirar, interin que su panegirista prosiguió.

"El Doctor Cameron es como decis un excelente. . . . quiero decir un. . . . en fin, aunque puede pasar por un sabio Doctor, ignora lo que se llama ciencia de mundo. Pero he aquí el plan de la historia, y creedlo sobre mi palabra. Mr. Angus, que es demasiado discreto para querer casarse con una bonita Miss sin bienes, ó casi sin ellos; porque á la verdad, ¿qué importan

algunos miles de libras esterlinas? Mr. Angus, repito, formó lo que el Lord Lodwer (Rosa se extremeció al oir este nombre) y yo llamamos una liga ofensiva y defensiva con el Doctor Cameron. La muchacha, que tiene la desvergüenza de hacerse llamar Miss Buhanum, obtuvo á fuerza de intrigas una conferencia con Mr. Angus en casa del Doctor: allí concertaron su plan, y al otro dia se fugó la señorita Kattia. Ahora bien, ¿qué creeis que hizo despues la confidenta? ¿por ventura se fugó tambien? ¡Oh! no por cierto: ella es demasiado astuta para dar este paso. Ya sabeis que el loco del Mayor añadió un codicilo á su testamento, y dejó á esa criatura quinientas libras esterlinas, cuya cantidad fue ella á pedir á Mr. Frazer. Creo madama que conoceis á este Mr. Frazer." —"Yo no" — "Yo le conoz-

co bien, dijo el otro viajero." — "Es un cualquiera, añadió el contador de anecdotas, y estoy admirado de que Mistress Buhanum. . . . ella verdaderamente es linda. . . . varias veces la he seguido de órden del Milord: si él hubiese sabido que. . . . pero se dice que su padre fue un pobre vendedor de tabaco en Londres. Volviendo pues á hablar de la mendiga, ella pidió su legado, y despues partió; y apostaria mil libras á que Milord no tarda en tenerla en su poder." — "Es lastima, dijo el otro viajero, que vuestro Lord no sepa emplear mejor su tiempo." — "Señor, replicó Linton, las mugeres son el diablo; y ademas, á decir verdad, tenemos una gran apuesta, que depende del éxito de nuestras diligencias." — "¿Una apuesta?" — "Sí: una apuesta de doscientas libras esterlinas, y voy á contaros como se ha

verificado. Milord Lodwer, el duque de Evergreen, Lord Aaron Horsemagog, Dicky Pollygraph y Mr. James Tumbledown hablaron juntos sobre la supuesta historia de Miss Buhanum al pasar por Princess-Street: Lord Lodwer, dijo el duque, verdaderamente me es sensible que se os haya escapado esa muchacha." — "Yo apostaré mil libras esterlinas, respondió Milord, á que dentro de un mes la tengo en mi poder." — "Yo pongo la mitad de esa suma," dijo Dicky Pollygraph. — "Va por mil libras," exclamó Lord Aaron: — "y yo por la mitad," añadió el duque. — "Vengan esas manos," repitieron todos, y dejaron á Milord solo para que se emplease en buscar los medios de ganar su apuesta. Ahora bien, ya sabeis que él jamas ve una muger que no persiga, y cuanto mas ella es necia, como nosotros decimos,

mayor constancia tiene él. — "Decidme, Mr. Linton, preguntó la muger que antes habia hablado con él, ¿cómo pasa el tiempo madama la condesa de Lodwer mientras su marido se entretiene en eso.?" — "Milady, replicó Linton, es una especie de muger, que pudiera muy bien dar cordelejo. . . . eh: ¿me entendeis madama.? Ella lleva una vida diabolica; pero Milord jamas se altera por eso." — "¿Jamas?" — "No, en el dia Milady es tan alegre como nosotros: ella juega fuerte, y para hacerla justicia, raras veces la vemos; sin embargo, es preciso confesar que pasa algunas horas de la noche en su casa; pero en cuanto á Milord y á mí ella piensa poquisimo en donde vamos á comer, beber y dormir." — "Parece que estais en muy buen lugar con Milord y Milady." — "La señora, replicó Linton, me trata

con bastante civilidad; bien es que yo tambien guardo con ella las mayores consideraciones: pero sé que en el fondo de su alma me aborrece como al diablo. En cuanto á Milord yo le conozco, él me conoce, y no digo mas. Si yo le indico una cosa, él la hace; y vice-versa, si él exige de mí otra, yo le doy gusto, con tal de que me sea conveniente: pero yo no puedo dejar de reir, figurándome el gesto que pondrá el grave Doctor Cameron cuando Milord haya atrapado su Miss Buhanum, á pesar de la proteccion de esa vieja loca Lady Hopely." — "¡Cómo! ¿Lady Hopely? ¿Será que sabe los proyectos del Milord? yo no presumo que él la haya escogido por su confidenta." — "Esa es una parte de la historia que me he olvidado contaros. Sabreis, continuó Linton, que la muchacha se habia refugiado

en casa de un tal Mr. Steward, una especie de animal que tiene una muger necia, vanagloriosa y ridícula. Esta bella pareja persuadió á Lady Hopely que su protegida es modesta, virtuosa, y otras cien mil bagatelas de esta especie, por la que yo quisiera verlos ahorcados. La vieja lo cree, y vá á visita á casa de Steward; pero lléveme el diablo, la muchacha es verdaderamente muy bonita: el Milord la tendrá. Sin embargo, ella se ha conducido de un modo tan insolente, que ya he dado cuenta de ello, y ahora se ha encargado Milord de perseguirla, y espero que bien pronto la enseñará lo que se debe á un hombre de su clase."

El lector conocerá fácilmente las sensaciones de la pobre Rosa durante esta conversacion. Unas veces la indignacion cubria su rostro de llamas,

otras el terror la cortaba la respiracion, y muchas veces estuvo ya para hablar justificando su inocencia, y confundiendo al calumniador; pero la idea de los proyectos del Lord, de su poder y de su resolucion la hacia temblar, y se retiró casi muerta al fondo del carruage, temiendo que la luz al tiempo de pasar por las casas, que hay en el camino, no sirviese para reconocerla, y en este estado de angustia estuvo hasta que el coche paró á la puerta de la quinta de Lady Lydear, que entonces la pareció el paraiso terrenal. Decidida únicamente á libertarse de las miradas del infame mensagero del Lord Lodwer, su terror y su desesperacion eran extremados; y así experimentó un verdadero consuelo al fin de sus padecimientos.

Mr. Linton bajó del coche, y ofre-

ció su mano á Rosa; pero ella en vez de admitirla se arrojó temblando en los brazos del cochero, que estaba de pie junto á la portezuela.

Ella caminaba con precipitacion hácia la quinta, cuando la sobresaltó la voz de su perseguidor, que venia detrás de ella, y escuchando atentamente, oyó que decia al cochero que él tambien iba á la quinta: que contaba con no detenerse en ella sino dos minutos; y que en este caso él atravesaria el parque para encontrar el coche á la puerta de la alquería de Shawford; pero como tambien era posible que le detuviesen mas tiempo, añadio, que entonces no se parase el coche, sino que continuase su viaje. Pasando despues por delante de Rosa, y dandola un empellon insolente, entro en el patio de la quinta, mientras que el cochero, despues de en-

tregar al portero la maleta de nuestra triste viajanta, volvió á subir en su silla, y marchó antes de que ella hubiese podido pronunciar ni una sola palabra. Viendo el portero su presencia noble y elegante, se quitó el sombrero, y la preguntó si queria que la acompañase á la quinta.

"¡Á la quinta! repitio Rosa: ¡ah! ¿cuándo querrá Dios que yo encuentre un asilo, que me ponga al abrigo del insulto!" El portero no comprendio una palabra de esta exclamacion, pero fijándose en la proposicion abrigo, respondió que si queria mejor esperar á que cesase la lluvia, que empezaba á caer con bastante fuerza, podia entrar en su cuarto.

"¿Dónde dijo ese hombre que iria á encontrar el coche?" preguntó ella al portero, enteramente absorta por el

terror de encontrar otra vez al mensagero del Lord Lodwer.

"En la alquería de Shawford, respondió el portero: está á muy poca distancia de aquí, atravesando el parque; y bien pronto encontrará el coche, si es que no le detienen en la quinta."

¿Qué partido debia tomar Rosa en este momento? Ella pudiera tener la buena suerte de que Linton saliese de la quinta antes que ella entrase, pero esto no era mas que un *puede ser*, y reflexionaba que si su perseguidor se quedase allí, entonces no tendria medio de evitar su encuentro. El portero la dijo que no se podia alquilar ningun carruage sino á nueve millas de allí: por otra parte ella era absolutamente extrangera en aquel país, y desconocida de todos sus habitantes. Si debia tener la desgracia

de encontrar otra vez al malvado, que era igualmente su enemigo que de la verdad, ¿no valia mas que fuese este encuentro en casa de una muger distinguida por su clase, y á cuya proteccion tenia derecho por su juventud, su sexo, y la carta de recomendacion que traía? Ella pensó tambien que la seria fácil disculparse con Milady acerca de las calumnias de Mr. Linton sobre su conducta; pero experimentó alguna inquietud en cuanto al modo con que podria satisfacer el punto de la acusacion relativo á su entrada en casa de Mistress Buhanum, con un nombre que no la pertenecia, y esperaba encontrar humillaciones que la obligasen á la explicacion de su miserable orígen. Sin embargo, despues de haber titubeado por algun tiempo, se decidió á que el portero la acom-

pasase á la quinta.

La obscuridad de la noche se aumentaba con la sombra de la calle de árboles que habia que atravesar: el ruido de sus hojas, y el ladrido de muchos perros, cuyo ruido crecia por la repeticion del eco, todo contribuyó á acrecentar el miedo de Rosa, quien iba encomendándose á Dios con todo su corazon.

"Ciertamente, Madama, exclamó el portero, vos sois muy devota: pero si venis á vivir con nosotros, apénas encontrareis ocasion de ejercitar vuestra piedad, pues aunque tenemos un capellan en casa, yo creo que tendreis que rezar sola."

Rosa iba ya disgustada de la plaza que habia deseado obtener con tanto ardor. Siguió al portero sin hablar palabra, y poco despues, habiendo llegado al fin de la calle de

árboles, descubrió la fachada de la quinta, cuyas salas estaban iluminadas, como si se celebrase alguna funcion, y entonces un nuevo terror vino á afligir su espíritu, pensando que esta quinta estaba en el camino de Londres; y aunque el de Edimburgo no conducia allí en derechura, sin embargo podia sucedér que el Lord Lodwer hubiese venido á visitar á Lady Lydear.

No experimentando el portero ninguna sensacion penosa que pudiese acortar sus pasos, atravesó ligeramente el patio de las caballerizas, llegó al frente de la casa, y deteniéndose allí, preguntó á su tímida compañera á quién deseaba hablar.

Cediendo Rosa á sus temores y terror, apénas tuvo ánimo para preguntar qué especie de persona era la consegre. "Una excelente muger," "

respondió el portero; y con este testimonio se decidió, y rogó á su conductor que la llevase á su cuarto.

Entonces atravesaron una galería abovedada, y habiendo llamado á la puerta que la terminaba, se presentó inmediatamente una jóven aldeana, que condujo á Rosa á una sala, donde fue recibida con la mayor política por una muger *ya de edad*, en la que se hacian notar la dulzura de su fisonomía y la limpieza de su traje.

Rosa la saludó con la gracia que la era natural, y añadió que teniendo que entregar una carta á Lady Lydear de parte de Mistress Parcker, hallándose por otra parte muy fatigada de su viaje, y creyendo que habia muchas visitas en la quinta, se habia hecho conducir á su cuarto, con la esperanza de que la permitiria descansar en él antes de presentarse á Milady.

Mistres Gerard aprobó sus motivos, la dijo que en la quinta no habia entonces mas que una señora de huéspeda, y se informó de si Mistress Parcker la recomendaba para ser aya de Miss Betzy; y habiendo respondido Rosa que sí, la otra redobló sus cumplimientos, y la dijo que pidiese todo lo que necesitase.

Deseando Rosa prolongar la conversacion con Mistress Gerard, pidió un vaso de agua, y poco despues supo con mucho gusto que Mr. Linton solo se habia detenido el tiempo necesario para entregar unos papeles, y que acababa de partir á alcanzar la diligencia. Esta noticia, y la de que solo habia una huéspeda en la quinta, la aliviaron de un gran peso.

En seguida dijo que queria recogerse, la conserge la deseó una buena noche, y la aldeana la condujo á

una magnífica alcoba.

Al subir la escalera encontró una jóven alta vestida de blanco seguida por un hombre de figura muy comun, que ambos reían á carcajadas, y saltaban de seis en seis los escalones con tanta precipitacion, que poco faltó para dejarla caer, y apagaron la luz que llevaba la muchacha.

Rosa era naturalmente alegre cuando su alma se hallaba libre de todas las fúnebres reflexiones hijas de su triste situacion; pero no conocia esa especie de alegría bulliciosa, y esa chocarrería grosera con los hombres, que por lo comun destruye la reserva pundonorosa que la modestia aconseja al bello sexo. Infirió, pues, que aquella joven alta y su acompañante eran algunos criados de escalera abajo.

Habiendo vuelto la aldeana á en-

cender la luz en un farol, que habia en la escalera, condujo á Rosa á su cuarto, y la dejo entregada á sus reflexiones. Entonces repasó en su memoria cuanto Mr. Linton habia contado en el coche, y se vió obligada á convenir en que las groseras calumnias, que de ella habia contado, ofrecian bastante semejanza con la verdad para ser generalmente creidas. Su encuentro con Mr. Angus en casa del Doctor Cameron, el robo de Kattia, que se verifico apenas él salió de Edimburgo, eran circunstancias, que por desgracia se combinaban demasiado bien con cuantos colores quisiese inventar la malicia: y si ella hubiese podido preveer que tambien se intentaba poner dudas en la pureza de su conducta, acaso hubiera tomado un camino diferente al que los sucesos acababan de marcarla; pero

ya los recuerdos eran inútiles, y ella tenia demasiado juicio para agravar con reflexiones una desgracia, que no habia estado en su mano evitar; y así su inocencia fue su consuelo.

La historia del robo de Kattia ocupó despues su pensamiento: la pareció probable que ella hubise huido con Mr. Angus: sin embargo el haber afirmado lo contrario el Doctor Cameron era una nube que cubria este suceso, que la era imposible penetrar: todo era misterioso para Rosa, á excepcion de lo que á ella tocaba, y por desgracia en esto tenia luces demasiado claras.

Un libertino fundado en su nacimiento y fortuna acababa de jurar su ruina. Este hombre odioso no la perdonaria sin duda el modo con que ella habia recibido sus primeras ofertas, y la correccion que le impu-

so á su agente, cuya circunstancia él tuvo buen cuidado de omitir en la narracion que hizo en el coche. Era verosimil que la rabia del Lord Lodwer le empeñase en perseguirla, aun cuando no fuese sino (como habia dicho su *gentil-hombre*) para enseñarla el respeto que *se debe á un hombre de su rango.* Rosa se extremeció pensando que tal vez no se habia librado de los insultos que la preparaban, á no haber sido por aquella enfermedad, que se empeñó en mirar como una desgracia: porque si efectivamente el Lord Lodwer la habia seguido, segun Linton acababa de dar á entender, sin duda debió alcanzar á la diligencia de Londres, que ella dejó obligada por su enfermedad.

En seguida pensó en la historia de su orígen, en la repugnancia invencible que padecia en confesar una

madre, cuyos groseros vicios repugnaban á su delicadeza; pero parecia que esta culpa sufria sin cesar el castigo por la exposicion de la verdad, y por los falsos comentrios, que la hacian aun mas desagradables para ella.

Esta idea la habia ocupado fuertemente durante su viaje, y muchas veces se habia decidido á no conservar un nombre, á que efectivamente no tenia ningun derecho. Por otra parte era posible que al recobrar el suyo se hallase expuesta á ser conocida por sus miserables parientes, que eran la hez de la sociedad; y esto en un tiempo y circunstancias, que tal vez serian para ella del mayor interes. Esta última reflexion producia mas incertidumbre y mayor desaliento.

Sin embargo, reflexionando mas,

se decia á sí propia: ¿y por qué me ha de parecer tan terrible el encuentro de mis parientes? ¿Por ventura no pueden arrepentirse de la crueldad con que me han abandonado? ¿quién sabe si ahora mismo me están buscando? Tal vez tendrán necesidad del corto auxilio que la naturaleza les ha dado derecho á esperar de su hija: ¿quién sabe si sufren ahora todos los horrores de la indignacion y de la enfermedad, agravados por el recuerdo de la crueldad que tuvieron para conmigo? ¿quién sabe si los remordimientos de su conciencia son ahora su mayor tormento, y entonces deberé yo omitir los únicos medios que puedan acallarlos, y quitarles el consuelo de recibir mis auxilios? ¿Debo yo dispensarme á mí propia del triste deber de cerrar los ojos de los autores de mi existencia? "Sí, ex-

clamó Rosa en un movimiento de entusiasmo: yo recobraré el humilde apellido que me ha dado la naturaleza: Dios conoce mi corazon, en él confio: ¿pero quién soy yo para apelar á él? ¡Ay de mí! ¡cuántas desgracias hubiera evitado, si despues que murió mi bienhechor hubiese tenido el valor de volver á ser la que era!"

Rosa formó el proyecto de vencer todas las objeciones de su amor propio: creyó en la firmeza de una resolucion mas fácil de formar en la soledad, que de practicar en el gran mundo, y en seguida se fue á su cama, donde el cansancio de su cuerpo y de su alma la proporcionó bien pronto un profundo sueño.

CAPÍTULO V.

Rosa acostumbraba siempre á madrugar; pero su última enfermedad, y las penas que habia pasado la víspera, la causaron una especie de zorrera, que no cesó hasta que excitó su atencion la campana de un relox, que dió las diez de la mañana.

Avergonzada de la mala idea que su pereza daria á los habitantes de la quinta, se levantó precipitada, y habiéndose adornado lo mejor que pudo permitir el débil recurso de su maleta, salió del cuarto, pensando disculparse por haber dormido tanto. Al atravesar el corredor observó que aun estaban cerradas las ventanas de todos los cuartos: aceleró el paso, y halló una pequeña puerta, que la

condujo á una escalera adornada de magníficas pinturas por ambos lados, y cubierta con un domo (cimborio ó media naranja) de cristales, que alumbraban todos los objetos del modo mas ventajoso. Luego que bajó se halló en un vestíbulo de mármol, cuyas ventanas tambien estaban cerradas, y comenzó á temer que el dia no estuviese tan adelantado como habia creido, á pesar de los rayos del sol que pasaban al través de los cristales; pero un soberbio relox colocado en un pedestal, y cuya mano señalaba cerca de las once, probó que no era falsa su primera conjetura. Volvio entonces á la derecha, y entro en un hermoso comedor, de donde paso á otras varias piezas, todas adornadas con la mayor elegancia. Las sillas estaban desordenadas, como si hubiesen acabado de levantarse las personas que

las habian ocupado, y aun estaban encendidas unas bujías puestas en la araña.

Rosa volvió á salir al vestíbulo: el lado opuesto al que ella habia recorrido conducia á una fila de piezas, á cuyo extremo estaban unas ventanas de cristales sin persianas, que se abrian sobre un hermoso parque. Regresó de nuevo al vestíbulo, y habiendo hallado un pasillo, que creyó iria á parar al cuarto del conserje, antes que pudiese notar su equivocacion se halló en una gran cocina, enfrente de una puerta, que conducia al patio de las caballerizas, á cuyo extremo se veía el parque.

Una criada, que estaba almorzando junto á la chimenea, se sobresaltó mirando á Rosa, como si alguna cosa sobrenatural se hubiese presentado á su vista. Rosa se disculpó

de haber entrado tan repentinamente, y preguntó á qué lado estaba el cuarto del conserje. La criada respondió con un aire burlon : "¿qué quereis á estas horas ? ¿ no sabeis que Mistress Gerard acaba de acostarse?" — "¡Acostarse! esclamó Rosa; ¿pues qué ha velado toda la noche?" — "¿Cómo toda la noche?" dijo la criada; y Rosa repitió: "Sí, ¿ha velado toda la noche?"

La criada hizo entonces algunos gestos tan ridículos, que Rosa volvió la espalda, y se atrevió á atravesar el patio de las caballerizas para ir al parque.

Los palafreneros la parecieron que eran los primeros entes humanos, que allí se acordaban que era la hora de mediodia : ya habia pasado por delante de ellos cuando un jóven agraciado, como de diez y ocho años, el rostro sucio, los cabellos desordenados, ca-

misa puerca, y las medias caidas sobre los talones, salia de la caballeriza, y habiéndola alcanzado en el momento que ella entraba en el parque, la cogió en sus brazos sin gastar etiquetas, y en su lenguage, tan grosero como el de la muchacha que estaba en la cocina, juró que era una encantadora criatura, y que daria cien schelines porque le diese un beso.

Rosa, á quien modales tan bárbaros aun le eran desconocidos, no pudo al principio en el exceso de su terror pronunciar una sola palabra. Hacia vanos esfuerzos para desprenderse de los nerviosos brazos que la detenian, mientras que el horror y la indignacion la quitaban las fuerzas para respirar. "Todo eso no significa nada, exclamó el joven; yo os daré el beso, y juro por los cielos

que no te me escaparás."

Un hombre vestido de negro, y de buena edad, se presentó entonces, y dio á Rosa valor para implorar su proteccion.

"Oh Monsieur, dijo ella, por amor de Dios, socorredme." — "¡Buen Dios! dijo aquel hombre: Sir Jacob, ¿teneis el diablo en el cuerpo? ¡Cómo! ¿portaros de ese modo bajo las ventanas de vuestra madre?" — "Lléveme el diablo, dijo él, si yo nunca pensé en eso;" y entonces con indecible terror de Rosa la fue llevando hácia el patio de las caballerizas, donde el movimiento de las persianas que se abrian, y que el hombre vestido de negro hizo notar á Sir Jacob, fue la señal para la fuga y separacion de ambos.

Entonces una señora se presentó á la ventana, y preguntó la causa de los gritos que turbaban su sueño.

Rosa, apénas respirando, empezaba á componer su vestido cuando la dama repitió su pregunta, añadiendo: "¿quién sois vos, hija mia, y por qué estais tan asustada?"

Rosa levantando los ojos vió otra ventana abierta y una muger mas hermosa, que tambien la miraba; pero que parecia estar sumamente divertida con aquella escena, pues reía á carcajadas, y pasaron algunos minutos antes de que pudiese hablar.

En fin, dijo: "por mi honor, Lady Lydear, que vuestro hijo es un hombre gracioso. Dios me bendiga, Miss, dijo mirando á Rosa, acabais de causar mucho alboroto; pero yo imagino que habeis tenido mas susto que daño."—"Yo siento infinitamente, dijo Lady Lydear, que vuestro descanso haya sido turbado por ese loco;" pero Milady añadió que este suceso no

valia la pena de disculparle, porque confesaba con franqueza que se habia divertido mucho; sin embargo de que todas las Miss de Yorkshire no eran tan asustadizas como aquella que acababa de causar tal alboroto.

Lady Lydear disculpó de nuevo el atolondramiento de su hijo, y añadió señalando a la asustada Rosa: "en cuanto á esa jóven, protesto que me es enteramente desconocida: no concibo quién pueda ser, ni de dónde viene; pero sea como fuere, no es ahora tiempo de ponernos á indagarlo; y asi buenas noches, querida Lady Lodwer."

Como Milady cerró su ventana al acabar esta frase, la *querida Lady Lodwer* hizo lo mismo, y la fachada de la quinta quedó tan en silencio como si fuese media noche.

Rosa, que habia tenido tiempo de

serenarse mientras este curioso diálogo, miró con espanto alderredor. Una de las damas olvidaba enteramente la causa que acababa de turbar su sosiego; la otra no veía en ella sino un motivo de diversion; pero el nombre de Lady Lodwer era para Rosa una circunstancia mas aterradora que todas, exceptuando sin embargo el baroncito y sus *cien schelines*. Volvió con precipitacion á entrar en lo interior de la quinta, y felizmente encontró el camino del cuarto donde habia pasado la noche, y allí casi perdida la respiracion, y muerta de terror, se arrojó sobre su lecho. Toda la casa la parecia un misterio: continuaba reinando el mismo silencio, á excepcion de las caballerizas, donde las patadas de los caballos, el ladrido de los perros, y los latigazos de los palafreneros daban á enten-

der que era de dia.

El relox habia dado las tres de la tarde, cuando las pisadas de varias personas en los corredores, y el ruido que hacian abriendo las ventanas de abajo, advirtieron que la quinta tenia habitantes. Poco despues la misma criada, que la víspera habia conducido á Rosa á aquel cuarto, entró y la convidó de parte de Mistress Gerard á desayunarse con ella, á menos que prefiriese hacerse servir en su propio cuarto. Rosa tomo el primer partido, y siguio á la criada al cuarto de Mistress Gerard.

Al entrar encontro el desayuno dispuesto sobre una mesa, y alderredor colocados Mr. Morton, mayordomo de la casa, anciano venerable, cuyas canas y severa fisonomía inspiraban respeto. Cerca de el estaba Mistress Gerard, enfrente el dispensero, hom-

bre como de cincuenta años, y despues Mistress Waters, camarera de Lady Lodwer, con el rostro pintado de colorete, y vestida con una ropa de mañana, hecha y guarnecida á la última moda.

El viejo mayordomo dió la mano á Rosa, y la condujo á la extremidad superior de la mesa, miéntras que Mr. Butler, el dispensero, colocaba una servilleta delante de ella. "Yo espero, amable Miss, dijo Mistress Gerard, que no habreis sufrido otro daño que el susto, y he sentido mucho el modo grosero con que el jóven baron se ha portado con vos esta mañana."— "¡No mas que el susto! repitió Mistress Waters, examinando á Rosa de pies á cabeza: el baroncito estoi cierta de que es incapaz de hacer daño ni al mas pequeño insecto. Vaya, ¿quién podia sosegar en casa si yo

metiese tanto alboroto todas las veces que me coje?"—"Yo me atrevo á asegurar, dijo el viejo mayordomo, que os sucederá con bastante frecuencia; pero vos quizás estareis mas acostumbrada que esta jóven á semejantes modales."

Se ignora si Mistress Waters tomó la respuesta de Mr. Morton por una sátira, ó por una flor; pero ella juzgó á propósito continuar la conversacion que la llegada de Rosa habia interrumpido, y habló con entusiasmo del lujo que reinaba en Lodwer-House en Lóndres, asi como de la brillante sociedad que frecuentemente se reunia; y añadió que Lady Lodwer era la mas dulce y la mas encantadora muger del mundo. En cuanto á Milord supuso que no merecia la mala reputacion que gozaba: "es verdad, añadió, que él admira

todas las hermosas; ¿pero por ventura es el único que las paga este tributo?"

Mistress Gerard observó que Milord debia juzgarse muy feliz, porque Lady Lodwer era á la verdad una bellísima muger.

Mistress Waters iba á responder; pero se oyó en aquel momento la campanilla del cuarto de su ama, y salió precipitadamente.

Entonces Mr. Morton dirigió la palabra á Rosa, preguntándola su opinion sobre el país y el tiempo, y en fin, se valió de todos los *lugares* comunes para empeñarla en una conversacion.

Despues de haber dado cuenta al lector del talento y sensibilidad de Rosa, es inútil añadir que tenia una inclinacion particular á respetar la ancianidad. Las canas eran para ella

un pasaporte, que no dejaba de inspirarla el mas vivo interés, excepto cuando estos signos venerables iban acompañados de aquella mezcla extravagante de locuras de jóvenes, y de pretensiones poco decorosas á la dignidad que conviene al hombre, á quien la naturaleza ha conducido tan cerca del término donde debe empezar á gozar de su inmortalidad.

Mr. Morton tenía setenta y tres años: gustaba un poco de hablar, como todos los viejos; pero su conversacion no era fastidiosa, ni tenia enfermedad alguna que molestase á los que estaban á su lado. Él no dijo á Rosa cuánto deseaba el buen éxito de la recomendacion que traía, ni la hizo entender que estaba encantado de su modesta fisonomia y dulces modales; pero sus miradas expresaban una benevolencia bien facil de entender, y la

ofrecian la mejor prueba de que la hallaba digna de la aprobacion de Milady.

Rosa, animada por los modales francos y amistosos del venerable mayordomo, le preguntó desde cuándo estaba Lady Ladwer en la quinta, y cuánto tiempo se proponia permanecer en ella.

"Mistress Waters nos ha dado á entender, contestó él, que Lady está muy cerca de tener un sentimiento: que Milord habiéndose visto precisado á ir á Londres inmediatamente, habia dejado en su esposa la libertad de seguirle cuando quisiese, y que se habiá decidido á partir al instante. Por lo demas, añadió él, la noble pareja nunca hacen un mismo viage: Milord ha tomado el camino de Newcastle, y Milady tomará el de Carlisle." — "¿ Viene muchas veces aqui? " preguntó

Rosa. —"Regularmente dos veces cada año, es decir, cuando va á Escocia, y cuando vuelve á Londres." — "¿Y Milord?" — "A ese jamas le vemos: mi difunto amo era primo de su madre; pero desde la muerte de ésta, que ya hará veinte y.... sí, veinte y cinco años lo menos, Milord no ha venido á la quinta. Nuestra Lady no hace visitas; pero Lady Lodwer tiene la bondad de no pararse en estas etiquetas. ¿Debo yo hablaros francamente, mi querida señorita? ¿No pensareis que soy un viejo malicioso? No: yo no puedo creerlo; y sin el auxilio de mis anteojos, leo en vuestros hermosos ojos que teneis un buen juicio y una razon muy cultivada." Entonces Mr. Morton, bajando la voz, añadió: "yo os diré mi opinion sin rodeos. Lady Lodwer ¡pobre muger! cree que dos mil libras esterlinas anuales es una

suma pequeñísima para contentar sus caprichos; y por otra parte, teniendo una *repugnancia particular á las posadas*, hace visitas en todo el camino de Londres hasta el norte. ¿No me entendeis ahora?"

Rosa se sonrió en señal de aprobacion; pero no tuvo aliento para responder nada. Su espíritu estaba fuertemente ocupado en la posicion en que se hallaba: pensaba que la casa de Lady Lydear no la ofrecia el sosiego que buscaba. Los insultos que habia recibido del jóven baron bajo las ventanas de su madre hablaban de un modo poco ventajoso contra la autoridad materna, y la dignidad que conviene á una señora de su casa; y en opinion de Rosa una familia tan mal gobernada no era nunca un asilo para una jóven virtuosa. Sin embargo, la crisis en que se hallaba, la idea

de los peligros pasados, y que aun podia temer de dar en manos del Lord Lodwer, la hizo estremecer: determinada por esta última reflexion, presentó con una mano trémula á Mistress Gerard la carta de Mistress Parker, suplicándola se la entregase á Milady lo mas pronto posible.

Mistress Gerard la leyó, y dijo que deseaba con todo su corazon que tuviese buen exito. "Milady, añadió ella, es una digna y excelente muger: es verdad que tiene algunas costumbres algo raras, pero...."

Mr. Morton la interrumpió, diciendo que deseaba él mismo entregar á Milady la referida carta, y que creía saber de qué modo habia de conducirse.

Rosa deseaba con ardor que se diese este paso, sin perder tiempo, aunque inquietándose menos sobre el

éxito de su pretension, que sobre el partido que debia tomar si no la conseguia. Aun no habia ella oido decir nada de Miss Lydear; pero suponiendo que estaria con su madre, aguardaba ser presentada á ella, cuando la introdujesen en el cuarto de Milady.

Preguntó simplemente á qué hora querria recibirla en su cuarto Lady Lydear.

Mr. Morton y Mistress Gerard se miraron entonces, y se hicieron varias señas, que Rosa no pudo entender. "Joven señorita, dijo el respetable mayordomo, es preciso siempre hablar con franqueza: la verdad es en mi opinion la mejor política, ó por lo menos ella es la de los corazones honrados, y el mas seguro tributo de la sabiduría. En virtud de esto yo pienso adoptarla, en cuanto

me es posible, por regla de mi conducta. Sabed, pues, que nuestra Lady vive de un modo muy extraño. Duerme todo el dia, y se levanta cuando todo el mundo está sepultado en el sueño. Se desayuna á las siete de la tarde, come á media noche, toma café á las tres de la mañana, cena á las cinco, y se acuesta á las siete.

Rosa manifestó admirarse al oir semejante trastorno de las reglas ordinarias de la vida, y preguntó si Milady observaba siempre este método.

"Siempre, respondió Mistress Gerard, y ésta es la razon porque raras veces la visitan las personas de distincion. Nadie quiere sacrificar su salud á las costumbres de Milady. Lady Lodwer es casi la única que consiente en sujetarse á ellas, por-

que estando obligada á vivir como todos cuando se halla en el norte, no oculta su satisfaccion de verse una vez en una casa, donde como en Londres puede hacer de la noche dia."—"¿Pero qué hacen los hijos de Lady Lydear?" preguntó Rosa. —"Por mi vida, respondió Morton, que habeis tocado el peor punto de la historia. El jóven baron se embriaga dos veces en las veinte y cuatro horas. Por fin Milady, á fuerza de las propias instancias de su hijo, le ha dado un preceptor, y ahora está aprendiendo á poner su nombre. Él come á las dos con su mentor, el caballerizo y el montero mayor. Se retira tambaleándose para acostarse á las cinco, se levanta otra vez para comer con su madre á media noche, vuelve á su cama en el mismo estado, y permanece allí hasta las dos,

hora en que comunmente da un paseo á caballo."—"Pero, Monsieur, ¿y la joven Miss?" preguntó Rosa con impaciencia.

Mr. Morton dijo que nada tenia que hablar de ella. "¡Pobre niña! añadio: yo espero vivir todavia lo bastante para ver uno de los hijos de mi querido amo honrar su memoria, si una joven tan completa como vos quiere encargarse de la educacion de mi señorita."

El ventajoso colorido con que Mistress Gerard y Mr. Morton, á pesar de su franqueza, quisieron pintar despues la familia, no produjo en Rosa el efecto que aguardaban: sin embargo ella ocultó su desaliento, les dió gracias por la complacencia, y con la esperanza de una conferencia con su extraña Lady se levantó para retirarse á su cuarto, y pensar en su

tocador hasta la hora de comer la conserje, resuelta á asistir á su mesa, hasta que se hubiesen tomado otras disposiciones para ella y su discípula.

Al atravesar la antecámara vió á la jóven, cuya brillante alegría y conducta grosera la habia causado tanto disgusto la víspera: estaba entre un grupo de criadas, y saludó á Rosa con una burlona risotada, á que respondieron en coro sus compañeras; lo que desconcertó de tal modo á Rosa, que cuando llegó á su cuarto la triste alternativa de permanecer en una casa, cuyos habitantes eran tan groseros y desagradables, ó de hallarse expuesta de nuevo á la humillacion, á la escasez y á los insultos, atributos inevitables de la pobreza, la hicieron derramar un torrente de lágrimas.

Una hora debia pasar antes de que llegase la de comer. Rosa no habia visto ningun libro en la casa, ni ningun trasto para escribir; pero deseando distraerse de las tristes reflexiones que la ocurrian, se puso á recorrer varias salas, cuyas puertas estaban abiertas, y se detuvo á considerar las pintorescas perspectivas, que se descubrian desde las ventanas. Al fin, despues de haber atravesado dos grandes salones, llegó á una magnífica biblioteca adornada con un número considerable de libros bastante bien conservados.

Contentísima con este descubrimiento, que á lo menos la prometia alguna distraccion á las penas, cogio un tomo del *Spectador*, y bien pronto, leyendo una de sus encantadoras visiones, se olvido de Lady Lydear, de su hijo, y aun de todas

las desgracias de su vida.

Esta ilusion halagüeña no duró mucho tiempo: el ruido de varias campanillas, las risotadas y los juramentos se hicieron oir por todas partes, y precedieron á la entrada del jóven, que por la mañana habia asustado tanto á Rosa. Seguíale su digno preceptor, y uno y otro venian muy colorados por efecto del vino que acababan de beber, y apénas podian tenerse en pie.

"So ho, so ho," exclamó Sir Jacob viendo á Rosa: "So ho, so ho," repitio su preceptor.

Sir Jacob se adelantó hácia ella, jurando que por entonces no se quedaria sin un beso.

Rosa temblando de verse expuesta á la brutalidad de un hombre borracho, que la habia causado tanto temor cuando estaba en ayunas, y no

teniendo otro recurso que la fuga para librarse de un segundo insulto, se decidio á valerse de toda su agilidad, creyendo que el otro no podria seguirla segun el estado en que se hallaba. Se puso pues á correr ligeramente, y ya habia llegado á la puerta, cuando se halló detenida por Lady Lodwer, que entraba entonces en la biblioteca.

Cuando la condesa se habia asomado á la ventana aquella mañana, la distancia en que ella se hallaba de Rosa, y la doble fila de encajes del gorrito, que tenia en la cabeza, habian impedido á esta última distinguir todas sus facciones; pero en este momento ella reconoció con sorpresa en la esposa del Lord Lodwer á Miss María, la hija mas pequeña del caballero Salomon Mushroom.

Desde la época en que la noticia

de la muerte del Coronel se tuvo por una cosa cierta, se sabe que Rosa habia perdido enteramente el favor de la familia del caballero Salomon. Despues ninguna circunstancia habia hecho nacer en el corazon, ó por mejor decir en la imaginacion de las bellas y elegantes Miss Mushroom, el mas ligero movimiento de aquel cariño afectuoso que profesaban á su hermosa Rosa Buhanum.

La condesa aparentó haber enteramente olvidado que la habia conocido, y ella miró á la antigua compañera de su infancia sin manifestar la menor emocion, y como si la viese por la primera vez. Es verdad que Rosa habia crecido, y su belleza habia adquirido un nuevo brillo despues de su última visita con las Miss Mushroom en Mount-Pleasant. Por el contrario las gracias de María no se

habian desenvuelto nada, á excepcion de aquellas ventajas, que el arte podia prestarla; y el rango de su marido aumentaba mas la expresion de orgullo é importancia natural de su fisonomía.

Sin embargo, debemos convenir en que á pesar de su indiferencia afectada, ella conocio perfectamente á Rosa; pero era indecoroso á la dignidad de Lady Lodwer manifestar que habia tenido relaciones con una pobre mendiga, y así contuvo el primer movimiento de su sorpresa al encontrarla en la biblioteca del baroncito.

Rosa al contrario, cediendo á la sensibilidad natural de su corazon, se acercó con el aire mas afectuoso, alargando las manos hácia Lady Lodwer, mientras que su fisonomía estaba animada con la alegría y el tier-

no recuerdo de las primeras amistades de su infancia; pero Milady la miró con indiferencia, volvió la cabeza, y se acercó al baroncito.

Rosa quedó resentida y confusa al ver semejante conducta. Lady Lodwer, superior á los interiores remordimientos de su conciencia, atravesó ligeramente la biblioteca, cogió un libro del Taso, y leyó con énfasis un pasage, lanzando lánguidas ojeadas al baroncito.

Sir Jacob pronunció algunas palabras interrumpidas, mientras que Lady Lodwer, despues de haber atravesado magestuosamente la biblioteca, se retiró.

Rosa estaba confundida y un poco avergonzada por la conducta de su antigua compañera; pero con todo no tenia tiempo que perder, y su sorpresa hizo bien pronto lugar á sen-

saciones mas penosas. Mientras que Mr. Jolter se retiraba bambaleándose, Sir Jacob se acercaba hácia ella, y la obligó á recurrir nuevamente á la fuga: apénas acababa de entrar en su cuarto, y encerrarse con llave, cuando Sir Jacob se puso á llamar con fuerza, insistiendo en que habia de entrar sin remedio.

Alterada, é incapaz de respirar, tiró con violencia del cordon de su campanilla, y turbó de nuevo el sueño á Lady Lydear, la que tambien tocó la suya, y puso en confusion todos los criados.

Rosa estaba enteramente resuelta á no permanecer en una casa, donde á cada momento se hallaba expuesta á los insultos y á las mortificaciones; y cuando Mistress Gerard entró en su cuarto para informarse de la causa por qué llamaba, ella la dijo

que no queria incomodar á Lady Lydear, y que de ningun modo aceptaria un establecimiento en su familia.

Mistress Gerard la suplicó que tuviese paciencia, y fue á buscar al viejo mayordomo para que corroborase sus instancias; pero considerando Rosa que ademas del disgusto de verse perseguida sin cesar por un bruto, se veria precisada á sufrir las desdeñosas miradas de su antigua compañera, insistió en su resolucion, con sumo disgusto de la conserje y del mayordomo.

La madre de Mistress Gerard habia desempeñado por muchos años la plaza que su hija tenia en la quinta, y Mr. Morton era el mayordomo de tres generaciones sucesivas de los Lydears. En su servicio habia juntado un bonito caudal, que lejos de de-

bilitar su afecto, ó amortiguar su celo por la familia, habia aumentado uno y otro. Deseaba vivamente detener á Rosa, no solo porque la admiraba, sino tambien porque estaba convencido de que tal modelo seria sumamente ventajoso á su jóven señorita. En virtud de esto pasó inmediatamente al cuarto de Milady, bien decidido á darla formales quejas, y hacerla severas reflexiones sobre la conducta de su hijo.

Lady Lydear, viuda del último baron de este título, era de una familia extrangera. Conservaba una fisonomía regular, tenia una viudedad considerable, y un menage de casa magnífico; y no asignaba otro motivo de la extravagante vida que habia adoptado, sino esta máxima tan comun á muchas mugeres: *yo lo quiero, porque lo quiero.* Este desgraciado ex-

travío de su carácter la privaba no solamente de la sociedad de las personas respetables de su sexo, sino tambien entregaba sus hijos á la compañía de los criados, y á cuantos ejemplos perniciosos puede ofrecer esta clase de gentes, en quienes la educacion no ha rectificado los principios que la virtud y el pundonor mandan generalmente á todos.

Sir Jacob, como ya hemos dicho, habia insistido en querer saber escribir, porque sin esta circunstancia no podia llegar á ser un magistrado, sentarse en él parlamento, ni desempeñar ningun cargo militar; y por otra parte estaba determinado á hacer todo lo qué habian hecho su' padre, su abuelo y su bisabuelo.

Miss Lydear acababa de cumplir diez y siete años, sin que nada la diferenciase de las criadas de la ca-

sa, cuya sociedad frecuentaba: así nada tampoco podia compararse á su ignorancia, y á la bajeza y grosería de sus inclinaciones. Algunos meses antes de la llegada de Rosa un jóven vidriero, que trabajaba en la casa, halló en las costumbres de Miss Betzy alguna cosa mas frágil que los vidrios que venia á colocar; y comunicó este descubrimiento á Mr. Grist, el repostero.

Mr. Grist era un honrado aldeano, que no habia necesitado viajar para saber el modo de sacar partido ventajoso de las cosas: instruyó al mayordomo de la conversacion del vidriero, que fue despedido inmediatamente, y despues instruyó á su propio hijo en el modo con que podria aprovecharse del descubrimiento de aquel hablador mentecato.

Acostumbrada Lady Lydear á tra-

tar siempre á su hija como una niña sin consecuencia, nunca habia procurado inspirarla el sentimiento de dignidad, que convenia á su sexo y á su clase: se resintio mucho al oir la bajeza de sus inclinaciones, y en el primer arrebato de su cólera encargó á Mistress Parcker, la mas complaciente de sus amigas nocturnas, que la buscase una aya capaz de rectificar las inclinaciones de Miss Betzy, y darla una educacion conveniente á su clase y rango distinguido.

CAPÍTULO VI.

Mr. Morton entró en el cüarto de Lady Lydear, y se presentó á los pies de su cama con sus anteojos en una mano y la carta de Mistress Parker en la otra, justamente cuando ella se lastimaba del modo con que estaba gobernada su familia, y se quejaba de que la hubiesen interrumpido el sueño por la segunda vez con tanto alboroto.

El anciano entregó la carta á Milady sin aparentar conmocion, y despues de haberse disculpado por haber entrado en su cuarto entabló una acusacion severa contra el baroncito y su tutor, protestando que así uno como otro se conducian de un modo indigno.

Milady estaba demasiado soñolien-

ta para responderle; ademas amaba con pasion á su hijo, y admiraba su figura; sobre todo él habia escrito una plana bien inteligible desde que el reverendo Mr. Jolter era su preceptor; de modo que no podia presumir que uno y otro fuesen tan reprensibles como Mr. Morton suponia. Sin embargo, como conocia la bondad natural de este venerable criado, la serenidad de sus quejas no la hicieron menos favorable á escuchar su voto acerca de Rosa, de quien hacia los mayores elogios. Pensando por otra parte que aquella jóven la estaba recomendada por su amiga Mistress Parker, mandó á Mr. Morton que se la presentase á las diez en la pieza del desayuno, y volviéndose despues á meter debajo de las mantas le deseó una buena noche.

El anciano volvió inmediatamente

al cuarto de Rosa, la suplicó que no desperdiciase sus propias ventajas, la dijo que corria á su cargo hacer que la señalasen un buen sueldo, y la prometió protegerla contra las tentativas del baroncito, que en resumidas cuentas, dijo, no era mas que un niño mimado.

"Creedme, apreciable señorita, continuó el buen viejo, yo he vivido muchos años, y conozco un poco el mundo. Yo sé lo que vos querriais hacer; pero os suplico que os dejeis gobernar por nosotros. ¿No me respondeis? Escusad mi franqueza, señorita; pues yo veo que aun no estais perfeccionada, y la obstinacion no conviene á una persona de vuestra edad."

Sea que el venerable orador no tuviese culpa de acusar de obstinacion á Rosa, ó que ella tuviese allá

en su interior buenas razones para no disculparse, lo cierto es que le acompañó al cuarto de la conserje menos dispuesta que nunca á establecerse en casa de Lady Lydear, pero dando tortura á su imaginacion para saber como podria emprender el viaje á Londres con el poco dinero que la quedaba.

Á las once de la noche Lady Lydear la envió á decir que la esperaba en su cuarto.

Preparándose Rosa á esta conferencia, pensó en que la preguntaria su nombre. Ella debia renunciar para siempre el de Buhanum, o esperar si continuaba con él todas las humillaciones á que podia exponerla de nuevo. La quedaban algunas dudas en si Lady Lodwer la habia ó no conocido, y en este último caso el nombre de Buhanum no dejaria de re-

al cuarto de Rosa, la suplicó que no desperdiciase sus propias ventajas, la dijo que corria á su cargo hacer que la señalasen un buen sueldo, y la prometio protegerla contra las tentativas del baroncito, que en resumidas cuentas, dijo, no era mas que un niño mimado.

" Creedme, apreciable señorita, continuó el buen viejo, yo he vivido muchos años, y conozco un poco el mundo. Yo se lo que vos querriais hacer; pero os suplico que os dejeis gobernar por nosotros. ¿No me respondeis? Escusad mi franqueza, señorita; pues yo veo que aun no estais perfeccionada, y la obstinacion no conviene á una persona de vuestra edad."

Sea que el venerable orador no tuviese culpa de acusar de obstinacion á Rosa, ó que ella tuviese allá

en su interior buenas razones para no disculparse, lo cierto es que le acompañó al cuarto de la conserje menos dispuesta que nunca á establecerse en casa de Lady Lydear, pero dando tortura á su imaginacion para saber como podria emprender el viaje á Londres con el poco dinero que la quedaba.

Á las once de la noche Lady Lydear la envió á decir que la esperaba en su cuarto.

Preparándose Rosa á esta conferencia, pensó en que la preguntaria su nombre. Ella debia renunciar para siempre el de Buhanum, o esperar si continuaba con él todas las humillaciones á que podia exponerla de nuevo. La quedaban algunas dudas en si Lady Lodwer la habia ó no conocido, y en este último caso el nombre de Buhanum no dejaria de re-

cordar á la condesa la pequeña méndiga, é igualmente sucederia si se presentaba con el nombre de Wilkins, pues no habia olvidado que en la última visita de las Miss Mushroom á Mount-Pleasant siempre se habian dirigido á ella llamándola *Miss Wilkins* con una afectacion, que solo podia ser hija de la malicia.

Ciertamente Rosa habia puesto todo su cuidado en fortificar su espíritu contra las vicisitudes humillantes que la esperaban, y se habia lisonjeado de haberlo conseguido. La pureza de su conciencia reanimaba su valor, y tenia toda la resignacion y filosofia que pueden caber en una jóven de diez y ocho años; pero de la teórica á la práctica hay mucha distancia aun en las personas de edad y experiencia. Buhanum era el nombre que Rosa deseaba dejar: pero sin

embargo de toda su resignacion se avergonzaba en extremo de tomar el de Wilkins.

Rosa jamas se hallaba en una situacion crítica ó embarazosa sin trasladarse en imaginacion al Burnseede, al lado de aquella, cuyos sabios preceptos estaban tan bien grabados en su corazon. Entonces la ocurrió repentinamente una idea. "Walsingham, se dijo á sí propia, puede ser que sea un nombre imaginario, y así tomándole yo no puedo ofender á nadie. Sí: yo quiero tomar aquel que habia escogido la mejor de todas las mugeres."

Apénas formó esta resolucion, cuando sintió renacer un valor para presentarse delante de la orgullosa condesa, que suponia seria testigo de su conferencia con Lady Lydear.

Se dirigió al cuarto de esta últi-

ma sin experimentar la menor turbacion, y se hizo anunciar bajo el nombre de Miss Walsingham.

Lady Lydear la recibió del modo mas agasajador, correspondio con mucha política á su noble y modesta cortesía; y habiéndola presentado un criado una silla, Milady la rogó que la acercase á la suya.

Lady Lodwer, medio tumbada al desgaire sobre un canapé, jugueteaba como distraida con las guarniciones de su vestido. Un lente guarnecido de diamantes, y colgado á su cuello con una cadena de oro, ocupó despues su atencion: se le acercó á los ojos verosimilmente para examinar mejor los muebles de la sala, y ver las gracias de su perrita, á quien se habia preparado crema en una taza de china; porque con toda la dignidad de una nueva condesa no se

dignó fijar su atencion en un ente de la clase de Rosa.

Las miradas de Lady Lydear expresaban su aprobacion á la eleccion de Mistress Parker, y entrando despues en materia dijo á Rosa cuán satisfecha quedaba de su persona, y que agradecia á su amiga el haber proporcionado á su hija una aya tan amable.

Rosa empezaba á manifestarla su gratitud por recibo semejante, cuando entro familiarmente en la sala aquella joven alta, que la noche antecedente y aquella misma mañana la habia causado tal disgusto. Si la sorpresa de Rosa, acompañada del desprecio, pareció entonces visible, con igual fuerza se manifestó en la fisonomía de la jóven la repugnancia y aversion que la inspiraba. Lady Lydear las presentó una á otra; pero

la futura discípula dió bien pronto tales pruebas de la clase de su talento, y de la profundidad de sus conocimientos sobre ciertos puntos, que Rosa se hubiera aterrado, aunque no hubiese tenido que hacer otras objeciones contra la obligacion que iba á contraer.

Miss Lydear estaba ya instruida por su amiga, la muger del guardaropa, de que Mistress Parker acababa de enviar á la quinta una maestra para enseñarla á leer la Biblia, y á ser perjura al jóven Mr. Grist; pero ella se habia decidido heróicamente á no consentir en uno ni en otro, cuando Rosa, valiéndose de los rodeos mas delicados, confesó francamente ser incapaz de emprender la educacion de la jóven Miss.

"Tanto mejor," exclamó ella dando una risotada.

Lady Lydear se sorprendió y disgustó: Rosa la habia agradado mucho, y deseaba con ardor que su hija pudiese seguir los preceptos de aquella encantadora forastera, y así declaró que no podia consentir en una negativa, que la causaba tanto disgusto, sin oir antes razones mas convincentes que la que acababa de escuchar.

"Á mí me ha parecido muy suficiente," exclamó Miss.

Lady Lydear se puso colorada, y prosiguió diciendo: "Vuestros cuidados y lecciones á esta niña mal criada os serán ampliamente...."—"Mamá, interrumpió entonces Miss, no paseis pena alguna por mí: yo me hallo ya capaz de cuidar de mí propia. ¿Pues qué no soy yo tan grande como ella?"

Rosa declaró de nuevo su inca-

pacidad para el empleo de ayá; á lo cual dijo Milady: "Yo miraré como una ventaja mia el tener á mi lado una compañera tan amable." — "Pues bien, mamá, interrumpio Miss nuevamente, entreteneos con ella en hacer serios discursos, pues yo prefiero recurrir á mis piernas, porque si no me duermo:" y acabando estas palabras salió corriendo de la sala.

Lady Lodwer dió una carcajada, protestando que su primita tenia una alegría encantadora, y que ella misma iba á salir de la sala á dar un abrazo á tan amable criatura.

Lady Lydear conoció que habia mas que alegría en la conducta de la *amable criatura*, y habiéndose esforzado de nuevo á obtener de Rosa que se quedase en su casa, al menos para hacer un ensayo de su empleo,

llamó á Morton, y se la recomendó con tanta viveza y cariño, que el pobre viejo quedó contentísimo: "Yo espero, añadió Milady, que vos tendreis mas ascendiente que yo sobre su espíritu, y que bien pronto me vendreis á decir que conviene en quedarse." — "¿No os lo decia yo? exclamó el buen viejo dando la mano á Rosa para bajar la escalera: ¿no os decia que agradariais á Milady?" Pero aunque él usó de toda su elocuencia para manifestar las ventajas que la resultarian de vivir con una muger tan generosa como Lady Lydear; aunque aseguraba la posibilidad de una entera reforma de los modales de la hija, y añadia que él mismo se rejuveneceria si pudiese gozar algunas veces el placer de su conversacion, Rosa permanecia todavia inflexible.

La brutalidad del baroncito, el desden orgulloso de Lady Lodwer, que dos veces cada año iba á pasar una temporada á la quinta, y la ignorancia grosera de Miss Lydear, todo esto contribuía á formar un grupo de objeciones demasiado serias y poderosas contra el razonamiento del respetable Morton; y á pesar del triste estado de su bolsillo se determinó á salir de una casa, donde enmedio de la abundancia la seria imposible vivir contenta. Se retiró á su cuarto con la firme resolucion de continuar su viaje aquella misma noche en la diligencia pública; y pues ya no la quedaba otro recurso que su maleta, se decidió á ponerla como en prenda en las manos del cochero hasta Londres, donde esperaba hallar un término á sus infortunios. Este último plan la pareció el único mas practi-

cable entre cuantos formó sucesivamente, y así le adoptó de un modo definitivo.

Mistress Gerard vino con la bondad y política acostumbrada á convidarla á cenar, y añadió que si continuaba en la resolucion de marchar á Londres, segun Mr. Morton acababa de decirla, hallaria abajo una persona, que llevaba el mismo viaje, y cuya compañía serviria de proteccion á una jóven tan interesante como ella.

Contenta Rosa con esta noticia, acompañó á Mistress Gerard á su cuarto, é inmediatamente reconoció á la señora del vestido azul, cuyo favor la habia consolado tanto en la Estrella de Oro. El niño Philly estaba sentado sobre las rodillas de su madre, y al ver á Rosa trepó sobre la mesa para arrojarse en sus brazos con to-

dos los extremos de la alegría y el cariño. Mistress Garnet manifestó tambien su placer de volverla á encontrar, y la hizo á su modo el cumplimiento mas expresivo y amistoso.

Mr. Morton dijo que esperaba que Rosa no insistiria en la resolucion de salir de la quinta; pero ella le suplicó que no volviese á hablar de un asunto, que la causaba pena, y declaró positivamente que queria marchar á Londres.

Mistress Garnet expresó su alegría por esta resolucion: ella habia acabado de dar su paseo por las casas de sus parientes: su prima Gerard era la última que la faltaba visitar. "Por otra parte, añadió, ya empiezo á disgustarme de esta vida errante, y ciertamente mi pobre marido tambien está disgustado de vivir

solo en casa: en consecuencia de esto yo voy á tomar asiento en la diligencia pública únicamente hasta Sheffield, y desde allí alquilaré un coche particular hasta Londres; y si esta señorita quiere aceptar un asiento, yo se lo ofrezco de todo corazon."

El de Rosa palpitó á esta proposicion: se acordó del proverbio favorito del honrado John Brown: *á cada dia le baste su trabajo*; conoció la exactitud de esta sentencia, se acordó de su bienhechor, y dió en secreto gracias á la Providencia, que otra vez se dignaba socorrerla. Entonces iba segura de tener una buena compañía durante un camino de doscientas millas; pues el poco dinero que la quedaba era mas que suficiente para este largo viaje, segun el modo con que debia efectuarse. Libre así de la cruel

necesidad de patentizar su estado á los extraños, aceptó con gusto la oferta de Mistress Garnet, y bien pronto desplegó una alegría bien encantadora.

Mistress Waters con su colorete, sus plumas y un adorno tan elegante como su ama, parecia haber perdido todo su gusto por la conversacion. Trabajaba con un aire de distraccion en una obra de bordado; pero aunque segun la observacion de Mr. Morton no pronunciaba una palabra, sin embargo estaba atenta á cuanto se decia, y afectaba condescender en formar parte de la tertulia, únicamente para entregarse á sus observaciones.

Deseando Mistress Gerard proporcionar alguna diversion á su prima de Londres, propuso se jugase á los naipes; y como entonces dijese Mis-

tress Garnet que el wisk era su juego favorito, Mr. Morton presentó la baraja á Rosa, y todos se sentaron alderredor de la mesa, menos Mistress Waters, que dijo no queria jugar.

Apénas se habia empezado la partida, cuando la interrumpió la llegada repentina del baroncito acompañado de su preceptor.

El reverendo Mr. Jolter era hombre de mucha sutileza. Habiendo conocido la impresion que Rosa habia causado en el corazon de su discípulo, y sabiendo que ella venia á vivir en la quinta, habia deducido ciertas consecuencias mas importantes para él que para los jóvenes; es decir, que habia formado el proyecto de hacerse útil, y vender cara su complacencia. Segun este plan se habia apresurado á conducir á Sir Jacob al cuarto de

la conserje, no dudando que allí encontrase á Rosa.

Mistress Gerard se levantó con respeto, Mistress Garnet con confusion, Mr. Morton con gravedad, Mistress Waters para loquear un poco con Mr. Jolter, y Rosa con el designio de huir al instante.

El baroncito estaba algo mas sereno que cuando la encontró en la biblioteca, y á pesar del estado de embriaguez en que entonces se hallaba, se acordaba de cuanto habia pasado; y experimentando por la primera vez de su vida el poder de la belleza, el amor dulcificó su grosería ordinaria, y dijo con un tono de voz bastante modesto: "Si la jóven Miss tuviese la bondad de admitirme en su compañía, yo procuraria hacerme digno de ella."

Mr. Morton se puso sus anteojos,

y le examinó con la mayor sorpresa. La mudanza de los modales del jóven baron no era lo único notable que ofrecia, pues su exterior presentaba la misma reforma. El que siempre decia que los cuidados que se toman para componerse eran tiempo perdido, se habia lavado la cara y las manos, tenia camisa limpia, las medias estiradas, los zapatos con lustre, y su cabello, hasta entondes despreciado, estaba bien peinado, y dejaba ver el contorno de muchos bucles muy graciosos, que caian sobre su frente y espalda.

Mr. Jolter con todo el aire importante de un necio subido á mayores, mandó á cada uno que ocupase su lugar, y volviéndose á Rosa con una mirada, que quiso hacer muy expresiva, la dijo que seguramente ella no seria tan *esquiva* cuando co-

nociese algo mas al jóven baron; pero este apóstrofe era muy poco á propósito para obligarla á que se sentase.

Consternado Sir Jacob del desprecio é indignacion que leía en los ojos de Rosa, se retiró hácia atrás, y mirando á Morton, le dijo con voz trémula: "¿No la obligareis á condescender en quedarse? ¿Me causareis la pena de verla huir? Yo prometo no tocarla, y si falto á mi palabra arrojadme de este cuarto."

Convencido el viejo Morton por una mudanza tan favorable de cuánta importancia hubiera sido para los hijos de Lady la presencia de Rosa, se arrepintió de los malos informes que la habia dado del baron: sin embargo, lisonjeándose aun con una pequeña esperanza de que la resolucion de partir no seria del todo firme, la

preguntó si queria acabar la partida de wisk, y la aseguró con su palabra de que nadie la ofenderia; pero Rosa conservaba un recuerdo demasiado vivo de los insultos de Sir Jacob y de su digno protector para condescender en quedarse un instante tan solo en la sala donde ellos se hallasen.

Mr. Jolter se colocó con brutalidad delante de la puerta para impedirla el paso; pero Mr. Morton gritó con un tono serio, que la jóven dama era absolutamente libre de irse ó quedarse, segun fuese su gusto; de modo que el digno protector se halló obligado á dejarla pasar, lo que hizo con muy mal gesto.

El hijo de Mistress Garnet, cuyo cariño á Rosa se aumentaba por instantes, corrió tras ella, la acompañó á su cuarto, y saltándosele las lágri-

mas, dijo que sentia no ser grande para matar aquel pícaro vestido de negro, que habia causado tanto miedo á su amiga.

Rosa, segun hemos dicho, habia pensado ya que el tono de la voz de aquel niño era familiar á su oido: examinó de nuevo su agraciada figura: sus ojos, su tez, su sonrisa, todo la recordó la memoria de una persona parecida, que habia visto; y cada expresion de su fisonomía la confirmaba mas en esta idea. Pero despues de vanos esfuerzos para acordarse de esta persona, se persuadió de que la semejanza, que creía encontrar, era solo un efecto de su imaginacion.

Con la esperanza que entonces llenaba su corazon, esto es, con la idea de ir á Londres bajo la proteccion de una persona de su sexo, y de un mo-

do tan conveniente á la penuria de su bolsa, no podian causarla una pena duradera las persecuciones de Sir Jacob y de su preceptor. "Sí, dijo ella arrojándo sobre una mesa el poco dinero que la quedaba: él es quien ha velado sobre mi infancia, es el protector supremo de los desgraciados quien me ha dejado aquí." Entonces con el entusiasmo de su gratitud se puso de rodillas para dar gracias á la Providencia. El niño, que la examinaba con atencion, se puso de rodillas á su lado, y cuando ella le miró la preguntó con una sonrisa encantadora, si él tambien debia rezar sus oraciones. El corazon de Rosa palpitó con fuerza, pues el tono de la voz, el gesto, y la mirada de su nuevo amiguito, la chocaron otra vez, y volvió á hacer esfuerzos para acordarse de la persona á quien se parecia,

"Querido mio, le dijo ella, me parece que tu nombre es...."—"Philly Garnet, respondió él; y así tambien se llama papá.... ¿Y el vuestro, cuál es?" — "Rosa."—"¡Rosa! repitió Philly saltando de alegría: ¡oh! ese es el nombre de mamá: yo voy á decírselo: cuánto me alegro de que tengais el mismo nombre que mamá: yo quiero decírselo al instante, porque seguramente se alegrará."

Rosa se sonrió de la vivacidad del niño, y habiéndole hecho muchos cariños, le despidio, y se arrojo sobre la cama.

Mistress Gerard por consideracion á su parienta anticipo la hora del desayuno, y envio á decir á Rosa que bajase á las diez; pero aunque á esta hora aun estaban sepultados en el sueño los habitantes de la quinta, sin embargo la alegre Mistress Waters

se dignó concurrir al cuarto de la conserje. Ella se mantuvo tan silenciosa como la víspera: su gesto era sombrío y taciturno, y mandó con aspereza que se estuviese quieto el niño, que jugaba en la pieza, diciéndole que el ruido que metia la daba dolor de cabeza.

Mistress Garnet al tomar su té tenia un temblor general en todos sus miembros, que sorprendió á Rosa; pero su atencion y la del resto de la tertulia se vió poco despues llamada hácia los gritos de una criada, que entró sin poder respirar apénas, diciendo que Miss Betzy habia huido con Dick Grist, porque no se habia ido á acostar aquella noche, y no se sabia donde estaban.

Mr. Morton y la conserje salieron con precipitacion, corrieron al cuarto de Miss Betzy; pero volvieron

consternados, diciendo que seguramente no estaba, sin embargo de que se habia visto á Dick Grist hablando con los criados despues que se sirvió la comida á Lady Lydear. En fin, todos hablaban á un tiempo, y nadie se entendia: Mistress Waters se retiró para informar á su ama de esta singular anécdota, y la conserje, temiendo la consternacion que este suceso iba á producir en la casa, despidió de prisa y corriendo á su prima, suplicándola que se retirase á la alquería de Shawford. Rosa, que deseaba vivamente aprovecharse de la compañía de Mistress Garnet hasta Londres, se levantó tambien para seguirla, cuando se vio detenida por Mr. Morton.

"Aguardad un momento, dijo él: vos estais bajo la autoridad de Milady, y no debeis salir sin que pre-

cedan ciertas explicaciones necesarias: quien se porta tan bien como vos, y es tan hermosa como vos, es preciso que tenga amigos y enemigos: y así vos teneis unos y otros en esta casa: y si tomais así la fuga como delincuente, bien pronto se os reputará como tal."

"¡Delincuente yo! exclamó Rosa: ¿y en qué puedo serlo?"—"Por mi vida yo no quiero ofenderos, pero vos sois delincuente."

La sorpresa de Rosa fue extremada.

"Muy delincuente, prosiguió Morton: vos introducis el desórden en el corazon de todos los hombres, aun en el mio, con todo de mis años, ¿cómo quereis que os lo perdonen las mugeres? Por otra parte seria poco decente á una joven como vos entrar en una familia justamente á la época

del robo de una heredera, y dejarla en el mismo instante que se ha efectuado. Entonces no dejarian de decir que sois cómplice de este atentado: sí, señorita: creed que no dejarian de decirlo."

Si Rosa hubiese efectivamente contribuido al complot de la jóven Miss y de Richard Grist; si se la hubiese convencido de haberlo facilitado, no hubiera quedado mas aterrada que pareció entonces.

Esta era la segunda vez en el término de dos dias que se veía acusada de haber apoyado la mala conducta de una joven é imprudente criatura. Ella conocio la exactitud de los temores del respetable Morton, y se extremeció, pensando que acaso la malicia iba á valerse de los propios medios para disfamarla, que en la aventura de Kattia. No tuvo ni valor

ni tiempo para responder nada; pues Lady Lydear dispertando á los gritos de la criada, que gritaba que habian robado á Miss Betzy, saltó del lecho, y seguida de su camarera se dirigió al cuarto de Mistress Gerard á tiempo que venian por otro lado la condesa de Lodwer y Mistress Waters.

El carácter de Lady Lydear era muy dulce cuando nadie la contrariaba, cosa muy extraña en una muger tan caprichosa; pero cuando sentia los estímulos de la pena, ó de alguna desgracia, nadie era en aquel momento mas terrible en su colera. Entonces su voz resonaba fuertemente en la quinta, acusaba á cuantos veía delante como complices de la mala conducta de su hija, y los amenazaba, diciendo los habia de ver ahorcados, aunque supiese habia de gastar en

ello las mayores sumas. Al fin fatigada por un delirio, que probaba la fuerza de sus pasiones y la debilidad de su espíritu, se arrojó sobre una silla apenas entró en el cuarto, y se anegó en un mar de lágrimas.

Mr. Morton y la conserje se adelantaron á ofrecerla respetuosos consuelos, pero la condesa de Lodwer exclamó que ella estaba bien persuadida de que su pobre primita Betzy habia sido precipitada á aquel imprudente paso por la aversion que tenia á la muchacha, que debia ser su aya; pues la pobre niña habia dicho á Waters, con las lágrimas en los ojos, que la seria imposible sufrirla.

Lady Lydear dirigió una ojeada de interrogacion á Mistress Waters, y ésta se adelantaba para confirmar lo que habia dicho su ama, cuando

la hizo retirar ásperamente Sir Jacob, que causando gran terror á Rosa entro para tomar parte en el consejo.

"Nada de eso es verdad, exclamó el baroncito: no es posible que se pueda tener aversion á una criatura tan encantadora, que vale mas ella sola que todas las damas de Londres juntas." — "Milady, replicó la condesa con gesto de resentida, yo espero que en adelante atendereis mas á mi opinion: pues de otro modo bien pronto vereis que vuestro hijo sigue el ejemplo de su hermana. En cuanto á mí no me causa extrañeza, que esta *encantadora criatura* con sus dos nombres, como habeis visto por la carta de Mistress Parker, sea no solamente la causa, sino la cómplice de la ruina de mi pobre prima.

Lady Lodwer se detuvo á su pe-

sar en esta cláusula de su sátira á Rosa; pues habiendo encontrado las expresivas miradas del inocente objeto de su odio, se sonrojó, y se retiró hácia el jóven baron, mientras que Rosa con un aire de serenidad se adelantó hácia Lady Lydear; pero Sir Jacob impaciente, porque la condesa colocándose delante de él le impedia ver las facciones de la que amaba con tanta pasion, la dió un empellon, y la hizo volver á su primer puesto.

"Insolente, exclamó Lady Lodwer, ¿quien os da atrevimiento para tratarme de ese modo? Es para admirar á una vil y artificiosa criatura, que no debe ocuparse sino en ganar su su sustento, ó en. . ."

Una segunda mirada de Rosa turbó de nuevo á la condesa, y la hizo guardar silencio.

Lady Lydear, entregándose á los sentimientos que excitaban en ella las malignas insinuaciones de Lady Lodwer, preguntó á Rosa con un tono imperioso, ¿quién era? ¿de dónde venia? y ¿adónde iba cuando encontró á Mistress Parker? ¿quién eran sus padres, su nombre y su profesion? y en fin, ¿qué motivo habia tenido para darse á conocer á Mistress Parker con un nombre, cuando se habia presentado á ella con otro?

Rosa, que examinaba á la condesa durante este interrogatorio, conoció en su aire de triunfo que no se habia engañado, suponiendo que ella la habia conocido, y pensaba gozar á sus expensas de la humillante explicacion en que iba á empeñarla su atolondramiento de haberse anunciado con dos nombres diferentes. Pero Rosa tenia demasiada presencia de espíri-

tú para no distinguir lo que era debido a Lady Lydear, de lo que esperaba de ella la profunda malicia de la condesa; y así respondio sin titubear que ella era, como Lady Lodwer habia justamente observado, una pobre criatura que se ocupaba en ganar su sustento; que venia de Escocia, é iba á Londres, cuando habia encontrado á Mistress Parker. "¡Ola! ¿veniais de Escocia?" interrumpio la condesa. — "Por favor, Lady Lodwer, dijo el baron, creed que nadie os pide consejo; así no teneis necesidad de interrumpir á esta joven á lo que tiene la bondad de decirnos."

Rosa añadio entonces que la pobreza de sus padres era toda la noticia que de ellos tenia: en cuanto á la mudanza del nombre, que ella estaba bien cierta de no haber deshonrado por tomar otro desconocido en

lugar del suyo propio, confesó que habia sido con el designio de librarse de ciertas mortificaciones, las que sin embargo no habia evitado.

Como era imposible que Lady Lodwer pudiese equivocarse sobre la mirada y el acento que terminó la respuesta de Rosa, juzgó á propósito tararear una cancion italiana mientras que Lady Lydear, que tenia bastante juicio y penetracion para ver que la que tan francamente habia hablado no podia menos de estar sostenida por el convencimiento de su inocencia, expresó su admiracion á ella con una mirada llena de bènevolencia.

Rosa esperó entonces con tranquilidad las demas preguntas que quisiese hacerla Lady Lydear; pero viendo que ella se empleaba de nuevo en la desgracia de su hija, la hizo una graciosa cortesia, y salio de la sala acom-

pañada de Sir Jacob hasta el vestíbulo, donde encontraron criada, prevenida por Mistress Garnet para enseñarla el camino de la alquería de Shawford.

Las persecuciones del baron, aunque de una clase menos temible, la dieron sin embargo el deseo de reunirse á Mistress Garnet, con la esperanza de que ella querria partir inmediamente á Londres: pero la pobre muger tenia otras ideas en su cabeza; pues aterrada con el aspecto de ser testigo de la cólera de Milady se habia precipitado tanto en llegar á la alquería, que se halló en la precision de pedir á la arrendadora algun licor, que pudiese restituirla sus fuerzas y su valor. La muger la sacó una botella de aguardiente; pero tal era el abatimiento de Mistress Garnet, que uno, dos ni tres vasos nó fue-

ron suficientes para ponerla en su temple ordinario ; y en fin acudió tantas veces al licor entonante , que bien pronto se halló fuera de estado de pronunciar una palabra.

Rosa al entrar en la alquería quedó tan sorpendida como disgustada del espectáculo que se presentó á su vista. Se apartó con horror de Mistress Garnet , mientras que sus mejillas se sonroseaban con la idea de confesar por compañera de viaje á aquella desgraciada muger , que habia ido á buscar con tanta prisa.

Al contrario , Sir Jacob , que habia seguido á Rosa contra todo el gusto de ella , se halló muy contento con esta aventura , y como Mistress Garnet bambaleándose le presentáse un vaso de aguardiente , él le aceptó , y se sentó á su lado , diciendo queria ver hasta cuándo la buena muger po-

dria mantenerse en su silla.

La arrendadora, que jamas hacia uso de ningun licor espirituoso, hubiera deseado ver fuera de su casa una huéspeda tan desagradable; pero la presencia de Sir Jacob y la recomendacion de Mistress Gerard la impidieron ceder á este primer movimiento. Sin embargo, conociendo en el semblante de Rosa el horror que tenia á la embriaguez, que por lo menos igualaba al que ella tenia, la convido políticamente á acompañarla á otro cuarto, mientras que Sir Jacob, riendo á carcajadas, repetia que queria ver hasta cuándo la buena muger podria sostenerse en su silla.

Sin embargo, él no pudo hacer esta experiencia sin beber tambien con la buena muger; de modo que cuando Mistress Garnet cayo desde su silla debajo de la mesa, él estaba

completamente borracho, y con voz ronca se puso á gritar que queria ver á la hermosa aya de su hermana Betzy. El niño Philly por un lado lloraba, llamando á Rosa, para que le ayudase á levantar á su pobre mamá, que se habia caido, y los tres metian un ruido infernal.

Rosa, segun hemos visto, habia manifestado una gran presencia de espíritu, y dado pruebas de la firmeza de su carácter delante de Lady Lydear, pues ni un solo instante habian podido intimidarla las invectivas de la condesa; pero la era enteramente desconocida esta especie de valor, que se necesita para luchar con un hombre grosero, especialmente en el estado en que Sir Jacob se hallaba. Llena de terror imploro la proteccion de la arrendadora, quien se la prometió en cuanto dependiese de ella;

pero añadió que el baron era su señor, y que en su vida le habia contrariado. Dócil á este principio recibio con respeto una guinea que Sir Jacob la puso en la mano, insistiendo siempre á que queria ver á la hermosa jóven, y despues salió de la casa diciendo que el señorito era un picaruelo, y que ella necesitaba ir á tomar un poco el fresco.

Nada se asemeja algunas veces al valor tanto como el exceso del temor; así Rosa no teniendo ninguna esperanza en la proteccion de la arrendadora, y no viendo alderredor de sí nadie que pudiese socorrerla, tomó de repente un aspecto sereno, sin embargo de que su corazon palpitaba con violencia: miró al baron, y le vió que se acercaba á ella, sin hacer ningun movimiento para huir de él.

Sir Jacob á pesar de su embria-

guez se quitó su sombrero al acercarse, dió dos pasos hácia ella, luego retrocedió algunos á su pesar, y se detuvo.

"Monsieur, ¿teneis alguna cosa que decirme?" preguntó Rosa con una gravedad tan decidida, que hubiera intimidado á cualquier otro que no estuviese en el estado en que se hallaba Sir Jacob; pero éste, incapaz de notar la dignidad de su semblante, y aun el desprecio que se pintaba en sus ojos, la hizo su declaracion amorosa del modo siguiente. — "Sí, hermosa muger, yo os amo con pasion; y Jolter, á quien conoceis, me ha dicho que tambien me amareis: solamente que os enojásteis conmigo porque estaba borracho cuando corrí tras de vos. Ademas, he aquí en dos palabras lo que yo tengo que deciros. Mi madre quiere darme una muger

semejante á nuestra prima Lady Lodwer; pero lleveme el diablo si yo no quisiera mejor casarme con cualquier estatua de las que hay en las tiendas de Londres. En cuanto á esa figura pintada, que se llama Mistress Waters, ella dice que me ama; pero el diablo la lleve antes de que yo corresponda á su cariño. Hay aquí una cierta persona, persona que me es mas querida que todo el mundo, y á ella sola es á quien deseo complacer."—"¿Teneis algo mas que añadir?" pregunto Rosa. — "Un poquito de paciencia, prenda mia: quiero decir que esta persona sois vos: yo os amo con pasion: vos me amareis lo mismo, y yo haré que seais una Lady. He aquí todo: porque ciertamente no hay nombre en todo el Yorkshire que pueda avergonzarse de llamaros su muger." — "¿Hay mas que

decir?" preguntó Rosa, lanzándole una mirada, en que se pintaba la indignacion y el desprecio. —"¡Oh! no os enfadeis, dijo el baron: vos sois tan bonita.... que..... vamos, dueño mio, dejadme que os dé un abrazo. El diablo me lleve, si no pagaria doscientas libras esterlinas por daros un beso."

Sir Jacob se adelantó con ardor, pues el aguardiente que habia bebido fermentaba en su cabeza. Ya hemos dicho que el joven era tan forzudo como Hércules, é ignoramos lo que entonces hubiera sido de la pobre Rosa, si en aquel momento crítico su buena estrella no hubiese traido á la alquería unos caballeros, que pasaban; y entraron en ella á pedir un vaso de suero.

El aspecto de una muger bien vestida tendida en el suelo, y en un

estado de embriaguez, que la hacia inmóvil, era una cosa tan extraordinaria y fea, que la arrendadora se avergonzó viendo la sorpresa de los viajeros, y en lugar de ir por el suero, que la pedian, se esforzó á reparar el descrédito que podia seguirse á su casa, asegurando que aquella pobre criatura, que veían tendida á sus pies, la era absolutamente desconocida, y que no la habia recibido sino por la recomendacion de la conserje de la quinta.

La arrendadora iba á continuar con la apología de su carácter y su casa, cuando llamó la atencion de los viajeros la repentina aparicion de una joven y elegante dama, cuyo desordenado vestido, y el terror y la confusion pintados en su semblante probaron que la virtuosa arrendadora tenia en su casa otras personas mas

dignas de compasion que la pobre criatura que estaba tendida en el suelo.

Un raton que se escapa de las uñas del gato no busca con mas ansia el agujero donde pueda salvarse, que Rosa se arrancó de los brazos de Sir Jacob Lydear. Con la respiracion interrumpida, los cabellos flotando sobre la espalda, pálido el rostro, y llorando, iba á precipitarse en el cuarto, mientras que la arrendadora procuraba volver por el honor de su casa, cuando uno de aquellos caballeros la recibió en sus brazos en el momento en que ella vió á su perseguidor, que la venia siguiendo muy de cerca.

En el rostro de Sir Jacob se distinguia, á pesar de su embriaguez, una mezcla de amor y de arrepentimiento, y el temor de perder el ob-

jeto de su cariño mitigaba el ardiente deseo que tenia de poseerla.

"Venid, venid, exclamó él con un tono de súplica: no os enojeis conmigo. ¿No quereis concederme vuestra mano? Yo os prometo que sereis mi muger á pesar de mi madre: yo no quiero á otra que á vos. Capitan, continuó él dirigiéndose al caballero que sostenia á Rosa, dejadla venir: ella será mi muger, yo lo juro y lo prometo."

El caballero, que entonces continuaba no solamente sosteniendo á Rosa, sino tambien extendiendo el brazo derecho para impedir que Jacob se aproximase, tenia cerca de cincuenta años: su rostro era áspero y severo; pero aunque hubiera sido el hombre mas sensible y fácil de inflamarse al aspecto de Rosa, no hubiera podido ser mas atento á socor-

rerla, y mas irritado contra Sir Jacob, cuyas tímidas miradas le probaban bastante el género de insulto que habia querido hacer á aquella jóven.

Uno de los compañeros de este caballero era un anciano venerable, con uniforme de gefe de armada, y el otro un joven agraciado, cuyas miradas indicaban el mas vivo interes por Rosa: él habia ido á buscar un vaso de agua, y se le presento, á fin de impedir que acabase de desmayarse.

No fue sino despues de muchos esfuerzos para arrancar á Rosa de manos de su protector, y sin proferir mil votos y porvidas, como salio de la casa Sir Jacob, obligado de las órdenes y amenazas del anciano y de sus dos compañeros.

Apénas él marchó se tranquilizó

enteramente Rosa: volvió los ojos á mirar á los que la rodeaban, y observo al joven, cuyos ojos tan negros y tan hermosos como los suyos la examinaban con una mezcla de admiracion, interes y curiosidad.

Ignoramos si Rosa experimentó alguna otra sensacion; pero lo cierto es que volvio la cabeza con tanta precipitacion, y con un movimiento, que hasta entonces la habia sido desconocido, que dejo pasar algunos minutos antes de atreverse á fijar sus ojos en los de sus protectores. Entonces el respeto que la inspiró la edad venerable de uno de ellos, y la exactitud por la benevolencia que el otro la manifestaba, la dieron valor para examinarlos sin confusion alguna.

El anciano con el ademan y gesto de un palaciego del tiempo de la

reina Ana puso debajo del brazo su sombrero galoneado, y acercándose á Rosa la felicitó por haberse librado del *Oso* del Yorckshire. El otro caballero de menos edad, y que tambien vestia el uniforme de la marina, sacó de su bolsillo una gran caja de plata, y despues de haber tomado un enorme polvo de tabaco, vertiendo la mitad sobre sus lábios y dientes, dijo: "por vida mia, Almirante, que ha sido un buen viento el que nos ha echado á estas aguas, porque sin nosotros esta hermosa chalupa estaba en riesgo de sumergirse." — "Efectivamente, respondió el Almirante, esta señorita se hallaba en una posicion muy crítica."

Rosa se esforzó entonces á manifestarles su agradecimiento; pero encontrando de nuevo las miradas de aquel joven, espiró sobre sus lábios

la frase que iba á pronunciar, y por la primera vez de su vida hizo un papel desairado.

"Pero, continuó el Almirante, lo que mas me sorprende es encontrar una dama tan distinguida por sus modales bajo el mismo techo que cubre á semejante criatura."

El Almirante al acabar estas palabras dirigió el lente que tenia en la mano hacia Mistress Garnet, que roncaba tendida en el suelo.

Aunque este venerable caballero de edad casi de setenta años habia pasado á bordo la mayor parte de su vida, conservaba toda la política de un hombre de corte. Vió con disgusto el color que cubrió las mejillas de Rosa, y él mismo se halló confuso de haberse tomado la libertad de hacer ninguna reflexion humillante hablando de una muger; se disculpó, y

sus excusas aumentaron la confusion de Rosa. Él la suplicó le perdonase, confesó que si se habia dejado arrastrar á una reflexion tan poco delicada, habia sido por el interés que le inspiraba su seguridad, y acabó pidiéndola el permiso de escoltarla hasta su casa.

"Sí, sí, señora, añadió el otro caballero de la caja de plata: nosotros os acompañarémos hasta que deis *fondo* en un parage seguro; porque ese *Oso*, como el Almirante le ha llamado oportunamente, pudiera muy bien alcanzaros si viajáseis sola por estas aguas."—"Hermosa señora, dijo el Almirante teniendo en una mano su sombrero, y presentando la otra á Rosa, concededme el honor de acompañaros hasta vuestra casa."

Rosa no pudo pronunciar sino algunas palabras ininteligibles: las pe-

netrantes miradas y el silencio del jóven la causaban tanta confusion como la esquisita política del anciano y la tosca benevolencia de su compañero.

Jamas desde su primera infancia se habia visto acompañada de seres viles y despreciables. No la costaba repugnancia el dar cuenta de su situacion, ni de la obscuridad de su origen; pero mientras que el respetable Almirante la trataba con tanto respeto, experimentaba una repugnancia invencible en confesar, que (aunque casualmente) era compañera de viaje de una muger, cuya embriaguez inspiraba con tanta justicia el desprecio y el odio de cuantos la miraban.

El niño Philly corrió hácia ella, suplicándola que viniese con él junto á su mamá: pero viendo que no res-

pondía palabra, ni daba señas de moverse, se arrojó en sus brazos, y cubriéndose la cara con su ropa empezó á llorar.

El Almirante retrocedió dos pasos, como si viese un reptil venenoso: miró á Mistress Garnet, luego á Rosa, otra vez á Mistress Garnet, y en fin fijó una mirada de interrogacion en el rostro de la arrendadora.

Ella, que le entendió perfectamente, dijo: "sí, señor, todos son una misma familia, y deben ir juntos á Londres."

Menos dolor hubiera experimentado Rosa, si en aquel momento la hubiesen atravesado un puñal por el corazon. No necesitaba de que hubiese testigos para llenarse de vergüenza, viendo que por una desgraciada combinacion de circunstancias se ha-

llaba en algun modo implicada en la mala conducta de aquel vil ser, que solo la casualidad la habia hecho conocer. En vano intentó hablar una palabra: el aire grave del Almirante, la sorpresa de su amigo, y las escrutadoras miradas del jóven la causaron una confusion y un embarazo tan grande, que la fue imposible vencer.

El niño se obstinaba siempre en ocultar su rostro entre el vestido de Rosa: ella se levantó bañados los ojos en llanto, y fue á sentarse bajo de la ventana, llevando su rostro ardiendo de vergüenza con la idea de la triste posicion en que se hallaba.

Entonces el Almirante dirigió su lente hacia ella, y pareció conmoverse á vista de las lágrimas que derramaba.

"He aquí un buen muchacho, di-

jo él dando una palmada en la cabeza de Philly. . . . ¿Es él? . . . No. . . Parece imposible. . . . " — "Deja que te mire, mi héroe. . . ." dijo el otro caballero esforzándose á separarle de la falda de Rosa,

Philly entonces empezó á dar tales gritos que hundia la casa.

Mistress Garnet dió en aquel momento alguna señal de existencia, y mezcló una especie de gemido sordo con los gritos de su hijo. El Almirante se dió prisa á huir de aquel alboroto, y salió apoyado en su baston de puño de oro; su amigo le siguió tapándose los oidos, y la arrendadora viéndose privada de la moneda de plata que el Almirante solia darla en pago de su suero, le volvió otra vez al cántaro con muy mal gesto.

Ápenas Rosa tuvo valor para levantar los ojos despues de la salida

de los dos caballeros, cuando se encontró con los de su joven compañero, que permanecia inmóvil en el puesto que ocupaba.

"Señora, dijo él con una voz baja, ¿me tomaré la libertad de preguntaros si vivis en este pais?"

Rosa despues de haber titubeado algunos momentos respondió que nó.

"¿Y os proponeis abandonarle pronto?"—"Sí, señor," respondió Rosa.—"¿Y estais segura de no veros expuesta á otro insulto por parte del jóven que....?"

Desde el instante que Rosa se habia escapado de las manos de Sir Jacob, la vergüenza de verse en tan mala compañia en presencia de sus tres libertadores la habia distrahido de tal modo, que su terror y la memoria de Sir Jacob se hallaban concentrados en sus presentes sensacio-

nes; pero aquella pregunta la recordó con toda fuerza el peligro en que se hallaba, y que Sir Jacob habia jurado que seria suya.

Pensó que estaba sola, sin esperanza de auxilio, y que apénas aquel jóven se reuniese á sus compañeros se veria nuevamente expuesta á insultos, tal vez mas fuertes que aquellos de que se habia libertado.

"¡Dios mio, exclamó juntando las manos, en qué situacion me encuentro!" — "Si os dignais darme vuestras órdenes, replicó Mr. Montreville con una voz tímida, yo tendré el honor de acompañaros á casa de vuestros amigos." — "¡Mis amigos! repitió Rosa con el acento de la mayor afliccion, y tributando un suspiro á la memoria del Mayor Buhanum, ¿ah, donde estan mis amigos!"

Mr. Montreville cambió de color;

veía delante de sí una jóven, cuya hermosísima figura y modales distinguidos le inspiraban el mas vivo interes; se hallaba arrebatado a su pesar hácia ella, sin poder darse cuenta de un sentimiento, que hasta entonces le habia sido desconocido. Examinaba con transporte sus encantadoras facciones; sin embargo hallaba mas placer en observar en ellas la expresion del candor y la inocencia, que si hubiese visto la de un voluptuoso abandono.

Deseaba saber quién era; pero deseaba mas saber que era virtuosa. Con todo, su situacion parecia tan extraña, y sus palabras y modales tan misteriosos, que apenas daba crédito á la modesta dignidad de su fisonomía. Por otra parte, ¿que sospechas debia producir la compañia de una muger tan despreciable como

Mistress Garnet? Mr. de Montreville dió por fin un suspiro, y preguntó: "¿cuánto tiempo pensais permanecer en esta casa?"

Rosa mientras tanto se habia entregado á sus reflexiones, repasando en su imaginacion los peligros que tal vez la esperaban apénas se separase de ella aquel caballero. Pensó en cuantos desgraciados sucesos se habian agolpado rápidamente desde la salida de Edimburgo, y previó los que podian sobrevenir todavía mientras se acercaba á Londres caminando en un coche de diligencia. Sir Jacob Lydear, objeto de su terror y de su odio, podia seguirla, o tal vez privarla del único medio que la quedaba para libertarse de sus persecuciones. Es verdad que el joven que entonces la hablaba la era tan poco conocido como Sir Jacob; pero su as-

pecto decoroso y sus modales distinguidos la inspiraban confianza. Ningun deseo tenia de ir á Londres bajo la proteccion de Mistress Garnet; y pensó que si el jóven, que parecia de un rango distinguido segun el respeto que le manifestaba la arrendadora, tuviese la bondad de recomendarla al conductor de la diligencia, tal vez por este medio podia obtener los cuidados y atenciones de que tanto necesita una muger, que emprende sola un camino tan largo. Segun estas reflexiones se atrevió á vencer su timidez, confesó con franqueza á Mr. Montreville el estado de sus negocios, y tuvo valor de pedirle la proteccion, que él deseaba con tal ansia que aceptase.

Es imposible pintar la alegría que brillo entonces en la graciosa figura de Mr. Montreville.

"Segun eso no perteneceis á esa muger," exclamó él.

Rosa se avergonzó, no de la pregunta, que era natural, sino del modo con que la hizo.

Respondio bajando los ojos, que habia conocido á Mistress Garnet en una posada del camino de Edimburgo, y que acababa de volverla á hallar en la quinta de Lydear, y que no teniendo ninguna sospecha de las viciosas inclinaciones de aquella pobre muger, se habia creido feliz en poder viajar con una persona de su sexo, cuya edad y experiencia la prometian una cierta especie de proteccion.

Mr. Montreville, aunque se alegró del modo franco con que acababa de explicarse, no pudo ocultar un movimiento de tristeza al saber que no podria gozar mas que un dia de

la presencia de su hermosa desconocida, y preguntó á la arrendadora á qué hora debia pasar por allí el coche de Londres, é hizo esta pregunta de un modo que probaba su vivo interés, y así fijó los ojos en el rostro de la amable Rosa, sin pensar en la respuesta.

La arrendadora, aunque hasta entonces no se habia atrevido á mezclarse en la conversacion por respeto á Mr. Montreville, cuya severá frente alejaba toda familiaridad, apénas se vió libre de estas trabas por la pregunta que acababa de hacerla, cuando dijo que se admiraba mucho de que tardase Mistress Gerard, que habia prometido se despediria de sus amigas antes de marchar; "pero, añadio, á mi me parece que la causará mucho sentimiento ver á esa pobre criatura tendida así en el suelo,

y así mientras llega el coche bueno será que la traslademos á otro parage mas decente."

La proposicion de la arrendadora estaba tan de acuerdo con la sensibilidad de Rosa para no obtener su aprobacion, que inmediatamente ofreció su asistencia. La arrendadora llamó á su criada, y entre todas subieron á Mistress Garnet al cuarto de arriba, donde la colocaron en una cama.

Mientras que las mugeres se empleaban en cuidarla, Mr Montreville estaba abajó, y se entretenia con la inocente conversacion del niño. Sea porque su narracion sin artificio, que confirmaba la de Rosa sobre las circunstancias de su primer encuentro con Mistress Garnet, le causase mucha satisfaccion, ó sea porque en la belleza de Rosa, que entonces bajó al

cuarto, fuesen mas resaltados los colores que la habia sacado el ejercicio que acababa de hacer, Mr. Montreville sintió aumentarse el vivo interés que habia concebido á su favor. Se levantó precipitadamente, la dió la mano para conducirla al lugar que antes ocupaba, y la suplicó que admitiese sus servicios hasta que llegase á estar libre de todo riesgo. En consecuencia de esto la propuso que usase de su coche, y que la escoltaria á caballo hasta donde juzgase conveniente.

Rosa fue sensible al pundonoroso zelo que él la manifestaba: sin embargo pensó que la prudencia la prohibia ponerse así bajo la inmediata proteccion de un desconocido, y que tal vez esto seria evitar un peligro para entregarse á otro; mas no sabiendo como rehusar esta oferta, ba-

jó los ojos, y guardó silencio. Es cierto que si alguna vez Rosa pareció impolítica, fue entonces: pero Mr. Montreville tenia bastante talento para no imaginar la causa de su incertidumbre, y acordándose de que la delicadeza de los motivos, que le habian empeñado á hacer esta proposicion no eran conocidos sino de él solo, confesó su culpa de haber cedido así á un zelo, que debia parecerla indiscreto.

¿Qué fue de Rosa, de la pobre Rosa, hallándose con un hombre tan pundonoroso, tan sensible, tan adicto á los verdaderos principios del honor y de la virtud, y desplegando cualidades tan preciosas, hermoseadas todavía mas por todas las gracias seductoras de una alma ilustrada? Cuando ella levantaba los ojos, y se atrevia á echar una mirada pasagera

sobre la figura de aquel jóven; sus grandes ojos negros, llenos de fuego y expresion, la bella proporcion de sus facciones, la blancura de sus dientes, la interesante sensibilidad que animaba su fisonomía, su talle noble y airoso, la gracia que caracterizaba todos sus movimientos, parecian ofrecer un modelo animado del Apolo de Belvedee. Rosa entonces no podia vencer una sensacion penosa, causada de la idea de que solo por pocas horas podia disfrutar la vista de un jóven tan seductor, y gozar el placer de su conversacion.

Un silencio expresivo reinaba entre ella y Mr. Montreville, cuando la arrendadora entró convidándolos á tomar una ligera comida, que habia preparado.

Rosa lo rehusó con política, y solamente pidió una taza de té lue-

go que ella hubiese comido, dicho lo cual salió á dar un paseo por los prados situados al frente de la casa. Mr. Montreville, que la habia seguido, hizo vanos esfuerzos para empeñarla en una conversacion; pero un peso insoportable oprimia su corazon, y una confusion de ideas no menos tristes que embarazosas la hacia guardar un profundo silencio.

Lady Lydear y su familia fueron el primer objeto de la conversacion, que Mr. Montreville quiso entablar. Él se compadeció de la extravagante vida de aquella señora, del perjuicio que esto habia hecho á sus hijos, y de la imprudencia de la jóven Miss; bien que añadio que esto se debia esperar de la sociedad vulgar á que se habia abandonado exclusivamente. En cuanto á Sir Jacob dijo que ya no podia excitar su piedad: "no, yo

no puedo menos de aborrecerle, pues él se ha atrevido á...."

Mr. Montreville se detuvo. Rosa bajó los ojos, y guardó un profundo silencio.

"Aunque la estancia vuestra en la quinta me hubiera proporcionado el placer de veros algunas veces, yo no puedo sentir que os ausenteis de un parage tan poco á propósito para vos."

Rosa le hizo una cortesía.

"Mi abuelo, continuó Montreville, ese anciano oficial de marina que habeis visto, nunca visita á Lady Lydear, aunque su quinta confina con la de ella."

Rosa entonces levantó los ojos, y miro melancolicamente alderredor: pensó que Mr. Montreville no era como ella un ente solo y abandonado de toda la naturaleza: que tenia un

abuelo, un asilo, unos amigos, de los cuales él debia ser el honor y el consuelo.

"Sir Jacob, continuó él, ha comido algunas veces con nosotros en Grange-House, y yo presumo que este joven acaso hubiera valido algo mas si hubiese caido en mejores manos que en las del preceptor que le han dado." — "¿No es ese, preguntó Rosa, un hombre alto, de un aire desagradable, miradas feroces, y tono de voz alto é imperioso?"

Mr. Montreville, contento con haber oido una respuesta, dijo que le habia dibujado perfectamente, y en seguida se explicó con horror acerca de la inmoralidad, hipocresía y vicios de Mr. Joster.

Rosa fue completamente de su opinion; pero la conversacion la hubiera interesado mas si hubiese recai-

do sobre algunas noticias de la familia de Grange-House.

Al volver á la alquería Mr. Montreville dijo á Rosa que esperaba que su conocimiento, hecho bajo auspicios tan desagradables, no se limitaria á aquella casa, y que se dignaria decirle en la que iba á vivir en Londres.

No era esta la vez primera que Rosa se acordaba de que no tenia casa, y que nada era mas dudoso que la esperanza de hallar en la metrópoli un solo amigo, en cuya casa pudiese apearse: pero jamas experimentó un deseo tan vivo como entonces de ocultar su triste situacion. Ella hubiera querido responder políticamente al cumplimiento de Mr. Montreville, sin confesar á qué ente desventurado se dirigia: se puso colorada, titubeó, y por fin guardó silencio.

"Puede ser, dijo él, que os halleis bajo la proteccion de ciertas personas, que no os será conveniente nombrar."

Rosa permaneció muda.

"No quiero importunaros, señora, continuó él con un aire triste; pero si no os dignais decirme vuestro paradero, ¿querreis por lo menos hacerme el favor de aceptar las señas del mio?"

Rosa continuó con silencio.

"Estad bien convencida, prosiguió él, de la sinceridad de mi deseo de serviros."

Rosa buscando modo de fijar la vista en otro objeto que en la expresiva fisonomía del jóven amable, volvió los ojos hácia la casa, y vió á la arrendadora que la llamaba: ella entonces aceleró el paso, mas bien para ocultar su turbacion, que para

obedecer á su llamamiento.

Montreville sin embargo introdujo una targeta suya en su trémula mano, y llegaron á la mesa donde se habia preparado el té, cuando Mistress Gerard vino á reunirse con ellos. La büena conserje, demasiado absorta con la desgracia sucedida en la familia de Lydear, se sentó familiarmente, sin reparar en las personas que la rodeaban.

Empezó lamentándose de la imprudencia de Miss Betzy; pero la arrendadora la interrumpió para contarla la escandalosa aventura de su prima de Londres.

Cuando Mistress Gerard, que era un modelo de virtud y de decencia, supo la abominable conducta de Mistress Garnet, miró á los presentes para asegurarse del número de testigos que habia tenido la intemperan-

cía de aquella desventurada muger; y habiendo visto á Mr. Montreville, que la era desconocido, se dió tanta prisa á negar sus relaciones con Mistress Garnet, como la arrendadora cuando llegaron los tres caballeros.

"¡Prima mia! exclamó Mistress Gerard moviendo la cabeza con un aire desdeñoso: no: á Dios gracias yo no tengo parientas de esta especie. Esa muger se casó con un primo de mi difunto marido, y en verdad ambos le causaron bastantes penas y gastos hasta el momento que marcharon á Londres. Sin embargo, es preciso convenir que Jabel era muy trabajador; pero su muger no se le parecia, y su morada en la capital los redujo á tal miseria, que el pobre Jabel se vio obligado á sentar plaza, y se embarco con su muger

para la América, donde fue muerto á poco tiempo en una batalla. Entonces un americano, que tenia mas dinero que juicio, se casó con su viuda, é inmediatamente que se hizo la paz la condujo á Inglaterra. Su desgraciada muger acaba de hacer una visita á todos los parientes de su primer marido, y se ha portado grandemente con todos los que antes la prestaron algun servicio. Ha terminado su paseo en la quinta de Lady Lydear, y me ha traido un tazon de plata. Yo esperaba que la pobre criatura se habria corregido de sus vicios, pero veo que Rosa Wilkins es incapaz de mudar de carácter.

La taza de té se escurrió entonces de las manos de Rosa. Al principio habia tomado poco interés en la historia de Mistress Garnet; pero el lugar de su nacimiento, la profe-

sion de su marido, que habia sentado plaza, y la habia llevado consigo á América, los nombres, las circunstancias, los caractéres; todo ello, en fin, era tan perfectamente conforme á lo que habia sabido de los primeros años de su infancia, que no la quedó la menor duda: ya no se admiró de la semejanza que habia observado en el niño Philly: él era el retrato de su madre antes que los años, los viajes, y sobre todo la continuacion de sus excesos, la hubiesen puesto desconocida. Así Mistress Garnet, esa misma muger, de quien se avergonzaban sus propios parientes, y cuya conducta crapulosa habia causado tanto bochorno y disgusto á Rosa, era la desventurada madre, que tan cruelmente la habia abandonado en Penrry: en fin, la hallaba, no á la verdad en la indigencia, pero

sí en el último estado de la degradacion humana. Esto ya era demasiado para la pobre Rosa: se inclinó sobre su silla, un sudor frio cubrio su rostro, sus piernas temblaban, y hubiera caido en el suelo, si Mistress Gerard no la hubiera sostenido; porque Mr. Montreville quedo inmóvil de sorpresa y dolor al verla en tal estado.

Despues de derramar algunas lágrimas, que aliviaron un poco el exceso de su conmocion, el sentimiento, el deber filial, y un impulso de terneza que la inspiro el nombre de madre, la obligaron á ir al cuarto en que Mistress Garnet estaba acostada; pero la postura en que la hallo, el color de su rostro, la enormidad de sus facciones, y sus miradas fijas e insignificantes, reprimio, á pesar de ella misma, el primer impulso de la naturaleza.

¿Cómo pèdir la bendicion maternal á una muger, de quien su corazon huía involuntariamente? ¿Era posible que confesase al amable Montreville que tan de cerca pertenecia á aquella, cuya compañía aún momentánea se habia juzgado indigna de ella? ¿Debia someterse á la voluntad de una madre tan poco capaz de gobernarse á sí propia, y que despues de todo podia no reconocerla con cariño? ¿No era esto pasar los límites que la imponia el deber filial? Rosa escuchó al principio estos sofismas del amor propio: pero poco despues se preguntó si debia entregarse al falso pundonor que la impulsaba á desconocer á su propia madre despues de tan larga separacion. Oprimida de dolor, no pudiendo resistir á la agitacion se tiró en una silla junto al lecho, y derramó un

torrente de lágrimas; pero el aliento de Mistress Garnet, que se dirigia hácia ella, era de un hedor insoportable, y así salió del cuarto, y se dirigió á los prados, donde habia pasado momentos tan deliciosos en comparacion de los que habian seguido.

Montreville se levantó precipitadamente viendola pasar; pero no se atrevió á seguirla, notando la profunda tristeza en que parecia absorta, y se contentó con velar sobre sus desiguales é inciertos pasos. Rosa incapaz de conciliar sus deberes con sus sensaciones, dirigio sus ardientes votos al cielo, pidiendo fuerzas para vencer la repugnancia que tenia en reconocer á su madre; pero su ruego fue en vano, pues esta repugnancia se aumentaba por instantes. Pensó que una muger debia haber ahogado en

su corazon hasta el último movimiento del amor maternal antes de haber abandonado á su hija. ¿Cómo la seria posible experimentar jamas el menor cariño para semejante madre, cuyas costumbres eran tan corrompidas, y tan depravados sus principios? ¿Cómo podia someterse á su autoridad, y renunciar entonces á la práctica de las virtudes, que eran su única riqueza y consuelo? ¿La seria posible huir entonces de su poder. . . . del poder de una muger que estaba puesta á la vergüenza, y habia soltado todas las barreras convenientes á la dignidad de su sexo? Por otra parte ¿cómo habia de sufrir sin cesar el asqueroso espectáculo de su intemperancia, y resistir á la humillacion que resaltaria sobre ella? ¡Oh! ¡nunca, nunca podia Rosa reconocer semejante madre!

Sin embargo, ¿debia ella abandonarla en el estado en que se hallaba; insensible, embrutecida por la embriaguez, y quizas devorada por una fiebre ardiente? "¡Ah! ¡desgraciada muger! exclamó Rosa: si fuese abandonada así por su propia hija: ¿qué derecho tendria á la compasion de los extraños? No: Rosa no abandonará á su madre."

Montreville entonces la saludó con respeto, y dió algunos pasos para seguirla; pero ella se apresuró á tomar otra vereda.

"¡Gran Dios! exclamó: ¡tened piedad de mi debilidad! No: yo no puedo instruir á este amable jóven del miserable orígen de aquella, cuya seguridad ocupa tan vivamente su corazon generoso."

Esta última reflexion acabó de confirmarla en el proyecto que formó

repentinamente. Se decidió á velar sobre su madre hasta que hubiese recobrado su razon y su salud; pero sin descubrirse á ella. Procurar las señas de su casa: empeñarla en escribirla de tiempo en tiempo, partir con ella su buena fortuna, si el cielo la deparaba alguna, y no darla á conocer su indigencia, si en ella se encontrase: en fin se decidió á llenar todos los deberes de hija, sin reclamar en ningun tiempo este título.

CAPÍTULO VII.

Habiendo Rosa así capitulado con las diversas sensaciones que la agitaban, volvió á la casa, cerca de la cual se mantenia parado Mr. Montreville, y algo resentido de haberse visto abandonado por tanto tiempo á sí propio, aunque todavia mas deseoso de saber las reflexiones que habian ocnpado á Rosa en su paseo solitario; sin embargo, no se atrevió á salirla al encuentro sin su permiso; pero habiendo notado que la primera turbacion de su rostro habia cedido el lugar á una dulce serenidad, se dió prisa á reunirse con ella.

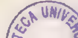
Ciertamente habia una grande semejanza entre el carácter de Rosa y el de este jóven. Á la hermosura verosimil de su fisonomia, y á la gracia y delicadeza de su talento, reu-

nia un desvelo tan eficaz por cuanto la pertenecia, que á pesar suyo ella se enternecia del zelo que sin cesar la manifestaba. Su conocimiento con él habia empezado en una época y en una ocasion, donde la presencia de un protector era muy preciosa para ella. Por otra parte, la comparacion que hacia entre el brutal Sir Jacob y el pundonoroso Montreville era tan favorable á este último, que cuando se adelantó hácia ella con timidez, al momento en que quiso entrar en la casa, olvidó su turbacion, su dolor, y aun el hallazgo de su madre, y continuó paseándose y hablando con él con serenidad y satisfaccion, no dudando que entonces se entregaba al encanto irresistible, que si á veces hace la felicidad de la vida, por lo mas comun labra nuestro tormento.

Montreville por su parte apénas podia contener su gozo: habia visto mil mugeres encantadoras; pero su belleza no pareció jamas á sus ojos adornada de la brillante mágia con que el amor embellece su culto. Algunas veces su imaginacion se exaltaba contemplando sus encantos: pero cerca de Rosa la mas viva emocion hacia palpitar su corazon. Él la miraba con éxtaxis, y la escuchaba con delicia. Sin embargo cayó poco despues en una tristeza invencible á todos sus esfuerzos. Acercábase el momento en que debia separarse de ella, y privarle de contemplar aquel admirable rostro, en el que cada instante descubria nuevas gracias. Un peso insoportable oprimia su corazon, y á su pesar se le escaparon profundos suspiros. Habia resuelto en su interior pedirla permiso para acompañar-

la en la diligencia; pero ¡ cuántos obstáculos podian oponerse á esta esperanza! Tal vez el coche vendria lleno, tal vez la embriaguez de Mistress Garnet podia haberse entonces disipado, y aun suponiendo que ambas condiciones se verificasen en su favor, ¿quérria Rosa convenir á un paso que podia herir su pundonor? Esta última reflexion le quitó la voluntad de pedir una gracia para él de tantó valor, y tres horas pasaron como tres minutos entre la incertidumbre, turbacion y penas.

Eran las nueve de la noche y el coche debia pasar á las diez. Montreville y Rosa guardaban por algun tiempo el silencio. Esta última repasaba en su imaginacion el modo con que debia conducirse con su madre, cuando se oyó la ronca voz de Mistress Garnet, y poco despues salió de



la casa diciendo queria dar un abrazo á Rosa.

Montreville no pudo contener una mirada de desprecio viendo el reluciente é inflamado rostro de aquella muger apoyarse sobre las frescas mejillas de Rosa, y cuando la preguntó si estaba pronta al viage, poniendo la gruesa y negra mano sobre aquel brazo, cuya blancura borraba la de las azucenas, él tuvo la mayor dificultad en no separarla.

Rosa á su pesar recibió con repugnancia las caricias de su madre: pero se reprendio á sí misma con severidad esta sensacion desnaturalizada, y se confirmo en la resolucion de llenar exactamente todos los deberes del amor filial.

Mistress Garnet, que entonces era sensible al dolor, aunque apénas estaba en su acuerdo, se quejo de que

la dolia la cabeza, y con horror inexplicable de Rosa dijo que iba á pedir una pipa, pues fumando se aliviaria al instante.

Entretanto Montreville reflexionó que habia dejado pasar el tiempo sin buscar los medios de proporcionarse segunda visita; y apénas Mistress Garnet entró tambaleándose, cuando él cogió la mano de Rosa, y la dijo con un tono patético:

"Bien pronto vamos á separarnos: ¿pero será para siempre? ¿No quereis hacerme el favor de indicarme vuestro paradero? ¿Por qué sois tan inflexible? ¿Dudais de mi honor.... de mi discrecion?"

. Rosa sintió renacer entonces toda su confusion. ¿Que podia responderle? Jamas ciertamente existió un corazon mas duro que el suyo; pero confesar que no tenia casa, ami-

gos ni conocimientos á un hombre, cuya familia, bienes y rango formaban un contraste tan honorífico para él como humillante para ella, esto era imposible.

La desgracia exalta á veces la altivez en una alma pundonorosa; pero ninguna de las pasiones que trastornan el corazon humano toma tan fácilmente el color del orgullo como el amor, aun en sus principios, tal como era el de Rosa.

Montreville mortificado y desanimado de su silencio dió algunos paso hácia la casa: Rosa, incapaz de pronunciar una palabra, tomó la direccion contraria, y se anegó en lágrimas, sin poder comprender el motivo. Entonces Montreville se volvió hácia ella, y la dijo: "apénas me atrevo á manifestaros los diversos sentimientos que me agitan, y que me

parecen inexplicables aun á mí propio. Sin embargo no puedo ocultaros que soy desgraciado cuando pienso que es aquí la última vez que veré al ser mas encantador que miraré en mi vida. ¿Vos no me respondeis? ¿Es la piedad ó el desprecio la causa de semejante silencio? Yo ciertamente no quisiera ser importuno; pero en la posicion en que os hallais vos debeis permitirme alguna confianza en mí. Decidme solamente en qué barrio de Londres debo buscar la casa en que habiteis. No pido otra cosa."

Rosa estaba conmovida; pero como la buena opinion que habia formado del carácter de Montreville se aumentaba á cada instante, su repugnancia tambien era mas invencible para hacerle conocer el abandono en que se hallaba. Sin embargo, reflexionaba si podia atreverse á dar-

le las señas del Doctor Croack, cuando la sacó fuera de sí un ruido que se oyó en el prado, y los latigazos del postilloncillo, que estaba en acecho de la llegada del coche.

"¡Ay de mí! exclamó ella: nosotros vamos á separarnos: he aquí que vienen."—"¿Aquí? repitió Montreville: ¿por dónde? ¿hácia qué lado?" Ella corrió hácia el parage donde sonaban muchas voces, y algunos mozos de la alquería acudieron igualmente.

Rosa al hallarse sola experimentó un movimiento de terror, de que no pudo darse cuenta. Sin embargo penso que su madre estaba pronta á continuar el viaje, que la señal estaba dada, y corrio en la direccion que juzgo la mejor; pero en lugar de dirigirse hácia el coche se torció sin conocerlo hácia la casa, cuando

fue detenida de repente por una cosa que la echaron sobre la cabeza, tapándola el rostro y la boca, y de este modo la pusieron en los brazos de un hombre, que salia de una casa dependiente de la alquería, y éste la colocó en un coche, que inmediatamente partió á galope.

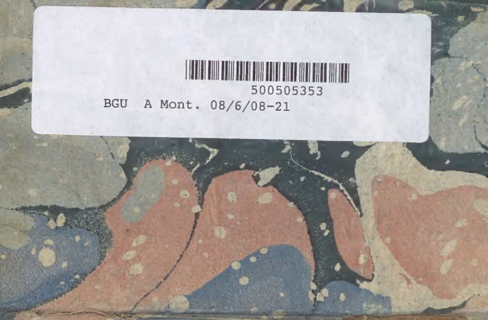
FIN DEL TOMO V.

ÍNDICE

DE LOS CAPÍTULOS

QUE SE CONTIENEN EN ESTE TOMO IV.






OBRAS
DE
BENNET
9
MONT. 8
6 / 16


colorchecker CLASSIC
calibrite
mm